

**Diego París López**

# **LA CASA ENCANTADA**

**(García Lorca visita a los Loynaz en La Habana)**

Prólogo de Lander Otaola



**BETANIA**



La Habana años 30

# LA CASA ENCANTADA



Diego París López

**Diego París López** (Madrid, 1972) es un actor (de cine, teatro y televisión), dramaturgo y director. Entre sus maestros de la interpretación destacan Cristina Rota, Fernando Piernas, Philippe Gaulier y Claudio Tolcachir. Estudió dirección de cine en la EICTV de Cuba, donde perfiló el libro *Aforo completo*, que se presentó en la Feria del Libro de Sant Jordi (2010). Realizó un seminario sobre análisis y adaptación cinematográfica con Juan Tébar, a través de la Fundación SGAE. Cursa en la UNED el Grado en Lengua y Literatura Españolas. Escribe y dirige sus propios textos (*Arrabales de Nueva York*, *Los camioneros*, *El secreto de mi vecina*, *De garrulos y gais*).

Como actor ha participado en películas como *Días de fútbol*, *Oro*, *Café solo o con ellas* o *La despedida*, entre otras, y en series como *La tira*, *Hospital central*, *Manolo* y *Benito Corporeision*, con directores de la talla de Agustín Díaz Yanes, David Serrano o Juan Cabestany.

En teatro, como actor, ha colaborado con la compañía Animalario (Premio Nacional de teatro 2005) en diversos montajes (*El fin de los sueños*, *Qué te importa que te ame*, *Pornografía barata*). Tiene a sus espaldas más de una veintena de temporadas en el circuito de teatro comercial de la Gran vía de Madrid (*Hoy no me puedo levantar*, *Más de cien mentiras*, *Buena Gente*, *La madre que me parió*).

Diego París López

# LA CASA ENCANTADA

(García Lorca visita a los Loynaz en La Habana)

**Prólogo de Lander Otaola**

editorial **BETANIA**

Colección TEATRO

Colección TEATRO

Portada: “La casa encantada”. Pág. 18: “Lorca con un niño en el Malecón “. Pág. 58: “García Lorca en La Habana vieja”. Pág. “Federico en la Huerta de San Vicente”. Técnica: Collage digital.

Autor: Manuel Carrero Castilla, dibujante y artista gráfico licenciado en la Universidad de Granada. Actualmente trabaja como profesor de español en Estados Unidos (Milwaukee-Wisconsin), donde también integra sus habilidades artísticas en el aula, como narrativa visual en el aprendizaje del español (*Storytelling*). <https://www.linkedin.com/in/manuelcarrerocastilla/>

©Diego París López, 2021.

Editorial BETANIA

Apartado de correos 50.767

Madrid 28080 ESPAÑA

E-mail: [editorialbetania@gmail.com](mailto:editorialbetania@gmail.com)

Blog EBETANIA: <http://ebetania.wordpress.com>

N.º de la ASGAE de esta obra: 20.172.038

ISBN.: 978-4-8017-439-8.

Depósito Legal: M-13552-2021.

Imprime SAFEKAT

Impreso en España / Printed in Spain

# PRÓLOGO

Todo comenzó en Benidorm.

Y vosotros os preguntaréis... ¿Por qué un prólogo de una función que trata sobre la familia Loynaz y Lorca dice que todo comenzó en Benidorm?

Yo os lo explico.

Era Julio de 2020, estábamos rodando la primera película de nuestro querido Secun de la Rosa, un musical precioso que se llama El Cover. Una noche después de rodar, Diego y yo comenzamos a divagar sobre asuntos absurdos (muy típico en mentes obtusas como las nuestras) acompañados de varios elixires y brebajes llamados Gin Tonic cuando de pronto la conversación derivó en la época cubana del gran Federico. Yo le dije que ahí había una historia que por desconocida y fascinante debía ser contada, no ya como homenaje a uno de los grandes literatos del siglo XX en España, sino casi como obligación y reconocimiento a una familia de ascendencia vasca que tuvo una grandísima influencia en muchos aspectos culturales que han llegado hasta nuestros días.

Diego es un gran admirador de la cultura cubana y un apasionado y erudito de la saga que hoy nos ocupa, ha investigado mucho sobre ellos e incluso ha visitado su casa (elemento capital de la función) en varias ocasiones.

Los Loynaz eran unos adelantados a su tiempo a los que la Historia no ha hecho justicia. Tenían la magia cubana y la fuerza de los vascos. Eran una bomba siempre a punto de estallar.

Esta función que a continuación disfrutaréis debe ser representada, debe ser reconocida como una pequeña joya que va más allá del acto teatral o del simple entretenimiento, es algo más. Transciende, confunde, emociona, impacta, divierte. Es necesaria.

Reivindicar la cultura y a sus impulsores siempre es necesario y más en estos tiempos sombríos para el arte.

Aunque... Bueno... ¿Cuándo no han sido tiempos sombríos para el arte?

Fui un privilegiado al ser la primera persona que leyó esta obra y además su autor me regala el placer de poder prologarla.

Conozco a Diego (que no él a mí) desde que fui a ver Días de fútbol a los cines Mikeldi de Bilbao en aquel ya lejano 2003. Es una de las películas que ha marcado mi vida y la de muchísima gente que me rodea. Una comedia agria y perfecta en la que nuestro autor borda un personaje ya mítico.

¿Quién me iba a decir a mí que casi 20 años después iba a tener la suerte de ser parte de un proyecto suyo tan personal como este? Como decía Mercedes Sosa (y también Raphael) “Gracias a la vida, que me ha dado tanto...”»

Es emocionante escribir estas líneas cuando falta poco para que se estrene la película que nos juntó.

Es emocionante ver a alguien con tanto talento y tan genuino como Diego.

Es emocionante ver que ama lo que hace.

Pero no pretendo construir un prólogo bañado en halagos, así que vamos a lo importante.

Aquí podréis leer esta hilarante, surrealista y emotiva función que espero sea la antesala de una gran producción teatral porque al revés que en la novela o la poesía los personajes escritos en un guión no cobran vida hasta que se representan. Hasta que los actores se apoderan de su alma, de sus gestos, de su verdad. El teatro se escribe para ser llevado a las tablas. Un texto teatral no representado es una especie de neonato. Se puede leer, sí, pero su sentido es otro.

Quiero ver a este Lorca bailar en el escenario, quiero que la familia Loynaz vuelva a la vida para que sus nombres nunca caigan en el olvido, para que las nuevas generaciones recuerden quiénes fueron.

Somos lo que somos porque fueron lo que fueron.

Valientes que lucharon por su libertad (y por la nuestra) y que abrieron un camino más allá del arcoíris. Les debemos más de lo que pensamos.

Pero bueno, no me quiero extender ni dar lecciones de superioridad moral. Los protagonistas son ellos, yo soy un simple figurante en esta historia, un invitado disfrutón.

Os dejo con la función de teatro, la vais a disfrutar, os va a sorprender.

Necesitamos más gente como los Loynaz o como Lorca pero también como Diego París, que se encarga de mantener viva su memoria y la de muchos otros que cayeron para que algunos hoy podamos seguir de pie.

Gracias Diego por ser tan auténtico. Nos vemos en los escenarios. O en los bares...

**Lander Otaola** (Bilbao, 1989) es un actor, dramaturgo y director nominado al Premio Max en 2012 al Mejor autor en Euskera.

Como actor ha participado en películas como *8 apellidos vascos*, *La pequeña Suiza* o *El cover* y en series como *Vaya Semanita*, *Fugitiva*, *Amar es para siempre* o *Patria* con directores de la talla de Emilio Martínez Lázaro, Pedro Olea, Félix Viscarret, Belén Macías o Ben Sharrock.

En teatro ha trabajado con directores como Gustavo Tambascio, Calixto Bieito o Josep María Mestres en funciones como *Obabakoak*, *La gaviota*, *Yo soy Pichichi*, *Los otros Gondra*,...

Autor de diferentes obras de teatro, en breve publicará su primera novela titulada *Mala persona*.

*A mi padre*



Casa de los Loynaz en ruinas

## **Agradecimientos:**

A mi amigo Aitor Merino por sus sabios consejos, a mi sobrina María por ilusionarse con el proyecto, a Valentin Parra por escuchar con paciencia las primeras frases del texto, a Pedro Domínguez por alentarme, a Lander Otaola por darme el último impulso, a mi hermana Pilar Castro por su apoyo incondicional, a Juana Cordero por su formidable escucha, a mi hermano Manolo Carrero por las colosales ilustraciones, a Luis García de la Torre por ayudarme desde la distancia con una amabilidad certera y a mi editor Felipe Lázaro por no dudar ni un instante.

En la casa de veraneo de Altea de mi querido David Serrano, en el verano del 2020 y en plena pandemia, comencé a forjar la idea, y curiosamente, en otra casa; la casa de La Carlota, ese lugar silencioso y estrellado, acompañado de mis fervorosos perros Bimba, Oso, Blanquita y Delfin, imaginé, proyecté y concluí *La Casa Encantada*. ¡Mil gracias al cielo!



Federico García Lorca

## **PERSONAJES**

**Enrique Loynaz Muñoz, 32 años.**

**Federico García Lorca, 38 años.**

**Flor Loynaz Muñoz, 28 años.**

**Dulce María Loynaz Muñoz, 70 años.**

**Carlos Manuel Loynaz Muñoz, 30 años.**

*El autor advierte de que esta obra es pura ficción.*



Enrique y Carlos Manuel Loynaz

## **ACTO PRIMERO**



Lorca con un niño en el Malecón

## ESCENA 1

**La casa encantada en ruinas. ENRIQUE LOYNAZ está sentado sobre un pedículo de mármol blanco ocre que ocupa el lugar donde años atrás estuvo una de las estatuas sin cabeza que poseía la familia. En el otro lado de la casa, de pie, FEDERICO GARCÍA LORCA mira a la oscuridad.**

**FEDERICO:** *(Llamando hacia el vacío, hacia la oscuridad).*

¡Carlos Manuel! ¡Carlos Manuel! *(Espera una respuesta que no llega. Mira a Enrique, que sigue sentado, compungido).* Enrique, prepara unas palomitas de anís. *(Enrique lo mira y sonríe, pues le ha hecho gracia la ocurrencia).* ¡Carlos Manuel! ¡Carlos Manuel! Carlos Manuel Loynaz, ven, por lo que más quieras, tienes que aparecer, debes aparecer, es tu obligación y lo sabes. Me debes algo, fierecito. *(Se da la vuelta y va hacia donde está Enrique).* Murió antes que tú, ¿no es así?

**ENRIQUE:** No, debí partir yo antes porque no recuerdo su fallecimiento. Sin embargo, recuerdo con todo detalle el día de lo tuyo. Aquí en La Habana llovió desmesuradamente. No paró de llover en todo el día y en toda la noche. Flor no paraba de llorar.

**FEDERICO:** ¡Ay, Florecita, mi querida y hermosa paseante! *(Vuelve a mirar al vacío oscuro).* ¡Flor! ¡Flor! Tienen que venir todos, ningún sentido tendría estar tú y yo solos, ¿verdad?

**ENRIQUE:** Por la noche te hicimos unas exequias. Las organizó Flor, pues todos los demás estábamos deshechos. Ella se vistió dejándose los pechos desnudos con tu nombre escrito en tinta de vivos colores.

**FEDERICO:** ¿Quién? ¿Flor?

**ENRIQUE:** Sí.

**FEDERICO:** (*Sonríe alegre*).

¡Mi Mariana Pineda!

¡Cuánto hubiera dado por estar ahí presente! Pero estaba muerto, muertecito y bajo tierra.

**ENRIQUE:** Luego, Flor se cubrió los pechos y Carlos Manuel tocó al piano *Anda Jaleo*.

**FEDERICO:** ¿Carlos Manuel tocó el piano? ¡Qué delicia!

**ENRIQUE:** Lloramos muchísimo todos. Jamás pensé que volvería a encontrarte.

**FEDERICO:** La muerte tiene infinidad de entresijos y no estoy seguro de si va a ser eterna. La vida es infinitamente más divertida. Deberíamos volver a la vida reencarnándonos, aunque fuera en un animal... Y quizá así sea, ¿eh? (*Cruza los dedos de las manos*). ¡Espero que así sea! Amén. “Yo me reencarnaría en una mosca” ¡Qué horror! Reencarnarse en una mosca sería horrible, pues los humanos son muy propensos al atizador. Ya sé que son muy pesaditas, pero pobre mosca nigérrima de corta vida.

**ENRIQUE:** Yo estoy fantásticamente muerto. Habito en paz, pues no tengo la obligación de hacer nada.

**FEDERICO:** Yo me aburro tanto como el burrito de don Juan Ramón Jiménez.

**ENRIQUE:** Solo muy de vez en cuando me reúno con algunos seres queridos y...

**FEDERICO:** *(Interrumpe).*

¡Qué suerte tienes, Enrique afortunado! Yo, hasta ahora, solo me he reunido, muy de vez en cuando, con algunos seres desconocidos.

Lo que más echo de menos es la luz del sol, la luna, las estrellas... a las gentes... Aquí hay mucha soledad.

**ENRIQUE:** Yo no tengo la sensación de soledad.

**FEDERICO:** A mí la soledad se me clava en el estómago como alfileres de plata en una mejilla.

**ENRIQUE:** Yo estoy divinamente muerto.

**FEDERICO:** Pues no lo parece, Enriquitito amargo de mi corazón. Se te ve triste y compungido.

**ENRIQUE:** Todo lo contrario, querido Federico. Me siento la mar de bien.

**FEDERICO:** ¡Ea, pues me alegro!  
¡Qué cosa más extraña la muerte!

**Silencio.**

**ENRIQUE:** Antes de llegar aquí empecé a elevarme como si fuera un halcón peregrino.

**FEDERICO:** ¿Un halcón peregrino? ¡Qué majestuosidad!

**ENRIQUE:** Era de noche, y me desplazé a gran velocidad por el espacio. Por todo el universo.

**FEDERICO:** No es casualidad, pues siempre te obsesionó el espacio exterior, lo cósmico.

**ENRIQUE:** Según me elevaba, miré para abajo y vi los destellos de La Tierra redonda. “El universo era infinito, con policromos torrentes de colores. Hay un desbordamiento de luz en el espacio indecible. La luna parecía un murmullo de olas. Todo el espacio es como un misterio impenetrable. Todo estaba callado, en silencio”. Estuve viajando durante horas, pensé que igual acabaría en otro planeta, pero por desgracia no ocurrió. Aparecí aquí y luego te vi a ti entrando del jardín.

**FEDERICO:** Oí un gran estruendo y al entrar te vi ahí sentado.

**ENRIQUE:** Aún no me he movido. Estoy muy bien aquí.

**FEDERICO:** Al principio pensé que eras Carlos Manuel, pero luego enseguida me di cuenta de que eras tú, ¡siempre con esa mirada reconcentrada!

**ENRIQUE:** Ya.

**FEDERICO:** Yo, antes de venir aquí, estuve con un vagabundo en Nueva York, cerca del Hudson River Park. Había muerto en el año 2022. Me contó muchas cosas sobre la humanidad. Al parecer, podían verse y hablar durante horas a través de un teléfono del tamaño de una cajita de cristal; aun estando en distintos continentes, separados por océanos. Pero no se podían tocar ni besar. Tecnología digital, lo llamó. El gran avance del mundo tecnológico, dijo. Los

periódicos y los libros de papel ya casi habían desaparecido, y las gentes pagaban sus compras con el dinero electrónico que estaba dentro de esos aparatos con forma de cajita de cristal. Cuando hacían viajes lejanos, compartían los momentos enseñándoles a todos ese irrepetible instante. ¡Estaban constantemente conectados! Los famosos eran los futbolistas y no los poetas. Me contó cosas inimaginables para mí. Era todo increíble.

**ENRIQUE:** Los avances de la humanidad. El mundo cambia constantemente.

**Ambos piensan individualmente, pero parece como si su pensamiento fuera el mismo.**

**ENRIQUE:** *(Se levanta por primera vez y mira el sitio).*  
¿Qué año será aquí ahora?

**FEDERICO:** ¿En la casa? Ni idea, hijito. Pero está tan destruida. ¡Qué pena!

**FEDERICO se pasea mirando el espacio de la casa. Enrique, sentado, también observa el lugar.**

**FEDERICO:** ¡Cuántas historias se vivieron entre estas paredes!

**ENRIQUE:** ¡Y cuánto callaron!

**FEDERICO:** Las paredes no hablan, querido Enrique. Hablan las gentes que las habitan.

**ENRIQUE:** Dulce María escribió *Últimos días de una casa*. Era un libro de poemas. Yo no lo vi publicado, y además tampoco sé mucho sobre él.

**FEDERICO:** *¿Últimos días de una casa?* Dulce siempre impecable.

¡Qué pena que no se pueda leer en la muerte!

**ENRIQUE:** Yo debí de ser el primero de mis hermanos en partir, ya sabes que siempre andaba enfermizo, viendo llegar a la muerte negra.

**FEDERICO:** Yo no la vi venir, quería quitármela de la cabeza. Los últimos días que estuve en el calabozo fueron desesperantes. Como rayos de luz continua sin descanso.

**ENRIQUE:** Aquello tuyo fue una cobardía, una injusticia. ¡Han fusilado a Federico!, me parece estar oyéndolo ahora mismo.

**FEDERICO:** Enriquitito, no me lo recuerdes. Fue horrible. ¡Cuánto tuvieron que sufrir mis padres!

**ENRIQUE:** Sufrimos todos. Muchísimo. Fue como una “desnudez astral”.

**FEDERICO:** Y mis queridísimos padres, ¿qué hicieron?

**ENRIQUE:** Tus padres se fueron de España.

**FEDERICO:** ¿Mis padres se fueron de España?

**ENRIQUE:** Sí.

**FEDERICO:** ¿Y adónde fueron? ¡No me lo digas, no me lo digas! Lo quiero adivinar yo solito. Mis padres se fueron de España. Mis padres se fueron de España. ¡Ay, qué terrorífico! ¿Dónde irían? ¿Se fueron lejos?

**ENRIQUE:** Sí.

**FEDERICO:** ¡Ay, pobre mamá! Vicenta de mi corazón, tuvo que ser horrible. Ver morir a su hijo, su algodonado hijito que cantaba por las esquinas... Y encima, dejar atrás su hogar, su familia... ¡Toda una vida desgarrada! ¿Adónde fueron, Enriquito? ¡No, mejor no me lo digas!

**De pronto escuchamos el teclado de un piano. Es como si alguien cayese brevemente sobre el teclado. Los dos se sobresaltan.**

**FEDERICO:** ¿Qué ha sido eso? ¡Por Dios! ¡Que ocurra algo, lo que sea, pero que ocurra!

**ENRIQUE mira entre los escombros.**

**ENRIQUE:** Es una rata. ¿Las ratas también están con nosotros?

**FEDERICO:** Sí, yo ya las había visto.  
¿Y el piano?

**ENRIQUE:** No hay ningún piano... Solo piedras.

**FEDERICO:** ¿En qué lugar estaba el piano la última vez que lo viste?

**ENRIQUE:** Aquí. Justamente donde está la rata.

**La rata sale corriendo de la sala. FEDERICO se acerca y comprueba que no hay nada.**

**FEDERICO:** Se fue a toda prisa.  
Juraría que he oído un piano, y soñar no puedo estar soñando.

**ENRIQUE:** No, soñar no podemos porque en la muerte no se duerme. Además, yo también lo oí.

**FEDERICO:** *(Se pone a dar pequeños saltos sobre los escombros).*

Do, re, mi, fa, sol, la, si. Do, re, mi, fa, sol, la, si. Do, re, mi, fa, sol, la, si, do.

Nada. No hay piano.

**FEDERICO se aleja a un lado de la casa. ENRIQUE se vuelve a sentar donde estaba al principio.**

**ENRIQUE:** Te escribí un poema.

**FEDERICO:** *(Se da la vuelta, mirándole).*

¿Me escribiste un poema?

**ENRIQUE:** Nunca se lo mostré a nadie. Es posible que esté inédito.

**FEDERICO:** Enrique, muertecito feliz, por lo que más quieras, quiero oír ese poema tuyo. Ansío oírlo, te lo suplico.

**ENRIQUE empieza a recitar el poema mientras FEDERICO se queda quieto como una estatua, escuchando.**

**ENRIQUE:**

*A la noche  
él llegaba caminando.  
No se escuchaba el ruido  
de sus pasos.  
Él flotaba en la penumbra,  
él parecía extasiado*

*en la penumbra sublime.  
Era algo  
incorporal, algo tenue,  
algo blanco,  
algo solo:  
un resplandor casi humano,  
una luz casi divina.  
Él traía como un canto  
inefable en el espíritu,  
claridades inefables.  
A mi lado,  
no comprendía yo mismo  
si ya le estaba mirando  
o le estaba presintiendo  
solamente.*

**FEDERICO:** ¿Ese soy yo?

**ENRIQUE:** Sí.

**FEDERICO:** ¿Un fantasma blanco?

**ENRIQUE asiente.**

**FEDERICO:** ¡Me vuelve loquito! ¡Lorquito se ha vuelto loquito! ¡Es fantástico!  
Qué buen gusto tienes por los matices, Enrique, y para las exquisiteces. Es un poema ingrátido, desnudo, breve... Como los de don Juan Ramón Jiménez, pero sin “jotas”. Y me gusta mucho lo del canto inefable, ¿cómo era?

**ENRIQUE:** “Canto inefable en el espíritu, y claridades inefables”.

**FEDERICO:** ...”en las manos”. ¡Es perfecto!

**ENRIQUE:** “En las manos” no aparece. Es “Él traía como un canto inefable en el espíritu y claridades inefables”. Punto, no hay más.

**FEDERICO:** “Claridades inefables en las manos” es mucho mejor, Enrique, ¿no te das cuenta?

**ENRIQUE:** No, Federico. Lo escribí yo y quiero que así sea. Además, está muy elaborado y sé por qué no quiero que aparezca “en las manos”.

**FEDERICO:** Pero, Enriquitito, tú eres buen músico y sabes que si ese poema fuese una partitura la faltaría una nota final.

**ENRIQUE:** Federico, nunca se me habría ocurrido decírtelo cuando estábamos vivos, pero ahora que estamos muertos, ya me da igual y te lo voy a decir. No soportaba cuando siempre tenías que llevar la razón. Y tampoco me gustó nada, que lo sepas, cuando desapareciste sin avisar y te fuiste a Santiago de Cuba.

**FEDERICO:** Fui a dar dos conferencias.

**ENRIQUE:** Estuve buscándote por La Habana dos noches seguidas, pregunté en todos los sitios y nadie sabía nada de ti. Me fastidió una barbaridad. Luego apareciste, de repente, como si nada hubiera pasado, y todos lo olvidaron. Así de rápido. Radiabas y hacías efecto en los otros. Pero yo no lo olvidaba. Me irradiabas, pero no se me olvidaba.

**FEDERICO:** ¿Qué es lo que no se te olvidaba?

**ENRIQUE:** El rastro que ibas dejando allá por donde andabas. Después me enteré de que Carlos Manuel se fue con-

tigo a Santiago. Le dijo a mamá que se iba a Güines a hablar con un señor notario, pero se fue contigo a Santiago.

**FEDERICO:** ¿Quién te lo dijo? ¿Te lo contó él?

**ENRIQUE:** Sí.

**FEDERICO:** ¿Y qué te contó?

**ENRIQUE:** Federico, podríamos haber ido los tres en mi coche. Esas vías de tren estaban en muy mal estado.

**FEDERICO:** El viaje tenía que ser una aventura, Enrique. Quizá fue el viaje más interesante que hice desde que estuve en Brownsville, en el Lago Edén, que también fue un viaje muy fructífero para mi carrera.

**ENRIQUE:** *(Casi irónico).*

Pues si tan fructífero fue vuestro viaje a Santiago, ¿por qué solo escribiste un poema?

**FEDERICO:** Esa es una larga historia.  
¿Publicaron el poema de “Iré a Santiago”?

**ENRIQUE:** Sí.

**FEDERICO:**

*Cuando llegue la luna llena,  
iré a Santiago de Cuba.  
Iré a Santiago  
en un coche de agua negra.  
Iré a Santiago.*

**ENRIQUE:** *(Interrumpe).*

No fuiste en coche, Federico. Fuiste en un tren destartalado.

**FEDERICO:** Ya sabes que la poesía es impredecible, Enrique. Fue un viaje fantástico. Carlos Manuel y yo hacíamos como si no nos conociésemos. Cada uno iba por su lado. Él era el compay; yo, el gitano. Nos intercambiamos las ropas. No nos hablábamos durante el día. Nos poníamos en sitios diferentes y, a veces, nos entraba la risa y no podíamos hacer nada por evitarla. A la noche nos íbamos al último vagón del tren, que prácticamente iba casi vacío si no hubiese sido por un señor con sombrero de ala ancha que andaba por allí. Era misterioso y casi no hablaba. Yo creo que era un conde rumano. Como el príncipe de Valaquia. También había una mujer joven embarazada que decía llevar dentro a la hija bastarda del Marqués de Linares. Nos contó que había vivido en un palacete situado en la plaza de Cibeles de Madrid. Fue una gran aventura. Luego, ya en Santiago, Carlos Manuel rompió el juego y me agarró por el hombro. Fue una hermosura de viaje.

**ENRIQUE:** No entiendo por qué no pude ir con ustedes.

**FEDERICO:** Jamás te hubieras aventurado a viajar en tren, lo sabes, Enrique.

**ENRIQUE:** ¡Claro que sí, Federico! Si hubiésemos ido en mi coche sí que me habría aventurado.

**FEDERICO:** No habría sido lo mismo. Íbamos entre las gentes compartiendo el pan, las frutas tropicales, las conversaciones con opiniones diferentes... Eso era un poema en toda regla, no te lo puedes ni imaginar.

**ENRIQUE:** Federico, yo quería ir, lo habíamos planeado los tres. No me encontraba bien para ir en tren de pueblo en pueblo. ¡Tenía tuberculosis! En mi coche podríamos haber ido los tres perfectamente, pero no quisiste.

**FEDERICO:** Estás irritado.

**ENRIQUE:** Sí, estoy muy enojado.

**FEDERICO:** No me lo has perdonado ni muerto.

**ENRIQUE:** Sufrí mucho por aquello.

**FEDERICO:** Sufriste en silencio, ¡qué cosa tan horrible!...

**ENRIQUE:** Anduve buscándote por toda la noche habanera como un espectro. Me dolía mucho el pecho y casi no podía ni respirar. En el Malecón me desmayé y unos muchachos negros me llevaron al hospital.

**FEDERICO:** ¡Te juro que no fue a propósito, Enrique! Pensé que realmente no te hacía ilusión, te lo juro, cubanito. Tienes que creerme.

**FEDERICO se arrodilla.**

**ENRIQUE:** “Siempre tuve que luchar con esa inquietud de no poder ser nunca comprensible ni aún para mí mismo”.

**FEDERICO:** Me están entrando unas ganas enormes de abrazarte. ¿Puedo abrazarte? Dime que sí.

**ENRIQUE:** No podemos tocarnos.

**FEDERICO:** Sí podemos.

**ENRIQUE:** Pero duele. En vida padecí mucho dolor. Mi cuerpo etéreo de muerto no necesita más dolor.

**FEDERICO:** Mi querido Enrique, sufriste tanto en vida...

Me tranquiliza saber que al menos aquí, en la muerte, no vas a ponerte enfermito.

**ENRIQUE:** Aquí no. Sigo triste, pero estoy bien de salud y sin dolores.

**FEDERICO:** ¡No sabes cómo me alegro! Y qué poema tan... tan... tan poema escribiste. “En las manos” o sin “en las manos”, da igual. Muchas gracias, mi cubano. ¡Un fantasma blanco! ¿Sabías que en la Residencia de Estudiantes me ponía una sábana blanca sobre la cabeza? Salvador Dalí me llamaba: “Real espectro blanco”. Por cierto, ¿quién murió antes, Gala o Dalí?

**ENRIQUE:** No lo sé. Debí morir yo antes, porque no lo recuerdo.

**FEDERICO:** ¡Vaya, me quedo con las ganas de saber! Seguro que Dalí llegó a ser un viejecito gruñón. (*Imita a Dalí*). “Si quieres interesar a alguien tienes que provocarle. La mayor desgracia de la juventud es ya no pertenecer a ella”. Era gracioso, ¿eh? (*Federico hace un movimiento con los brazos “estilo Dalí” y, sin querer, se rozan los dedos de las manos y tienen una descarga eléctrica. Se apartan rápidamente. Enrique cae al suelo*). ¿Estás bien?

**ENRIQUE:** Tienes demasiada energía, Federico. Eres pura electricidad.

**FEDERICO:** ¿Qué le voy a hacer? No puedo evitarlo.

**ENRIQUE:** ¡Siempre fuimos tan distintos!

**FEDERICO:** ¿Eso piensas?

**ENRIQUE no contesta. Los dos se miran. Silencio incómodo.**

**FEDERICO:** Mi cuerpo debe tener ahora la edad de treinta y ocho años, la misma que cuando estiré la pata. Y tú, ¿cuántos años tenías?

**ENRIQUE:** Ni idea, pero vi fenecer a mucha gente después de ti. Me casé, formé un hogar...

**FEDERICO:** ¡Qué extraño!

**ENRIQUE:** ¿Qué es extraño?

**FEDERICO:** Tu cuerpo tendrá ahora unos treinta años. Estás hecho un muchacho, como cuando estuve en La Habana, ¿no es cierto?

**ENRIQUE:** Sí.

**FEDERICO:** Entonces, si mi cuerpo se mantiene en la edad de mi muerte, ¿por qué el tuyo no?

**ENRIQUE:** *(Se encoge de hombros).*  
Es una incógnita.

**FEDERICO:** Sin lugar a dudas, lo es. No me gusta la muerte, definitivamente. Digas lo que digas, Enrique.

**ENRIQUE:** A mí es que la muerte me sienta muy bien.

**FEDERICO:** ¡Y tanto, que te quita años!

**ENRIQUE sonrío. Los dos en silencio miran a su alrededor.**

**FEDERICO:** ¿Dónde apareciste cuando llegaste aquí a la casa?

**ENRIQUE:** Aparecí acá dónde he estado sentado.

**FEDERICO:** ¿En la base de la columna?

**ENRIQUE:** Sí.

**FEDERICO:** ¿Era aquella de San Miguel Arcángel matando al dragón de bronce?

**ENRIQUE:** ¡No, por lo que más quieras! Era una de las de sin cabeza.

**FEDERICO:** ¿Cuál de ellas?

**ENRIQUE:** Creo que ahí estaba la de la mujer a la que le faltaba la mano izquierda.

**FEDERICO:** ¡Esa era mi preferida! ¿Te acuerdas de que a Dulce María no le gustaba porque decía que las mujeres deberían tener buena mano izquierda, ya que si no estarían destinadas a fracasar?

**ENRIQUE:** Cuando aparecí aquí me acordé mucho de Dulce María y de Flor. Casi les pude oler.

**FEDERICO:** ¡Eso es fantástico!  
(*Vuelve a gritar a lo oscuro*). ¡Flor, ven, por lo que más quieras! ¡Manifiéstate, querida Bebita! (*A Enrique*). ¿Te acuerdas de cuando Flor decía que “Dulce María tenía que ser inmortal”?

**ENRIQUE:** Sí

**FEDERICO:** También decía que Dulce María transportaba todo el amor en el brillo de sus ojos.

**ENRIQUE:** Flor tenía muchas cosas que decir, pero no las decía.

**FEDERICO:** O las decía a medias. ¡Era tan especial!

**ENRIQUE:** Colocó una estatua de ti en el jardín.

**FEDERICO:** ¿Quién?

**ENRIQUE:** Flor. Puso una estatua.

**FEDERICO:** ¿De mí?

**ENRIQUE:** Sí, en el jardín. A los dos años de tu fusilamiento.

**FEDERICO:** ¿Una estatua de mí?

**ENRIQUE:** Sí.

**FEDERICO:** ¿De mi cuerpecito y de mi cara? ¿Una estatua enterita de mí?

**ENRIQUE:** ¡Exactamente! De figura completa, de pie y tamaño real. Toda de granito. Vestido con traje chaqueta. Y en las manos sujetabas una alondra a punto de volar.

**FEDERICO:** ¡Qué preciosidad! ¿Y todo fue idea de Flor?

**ENRIQUE:** Así es. Se lo encargó a un escultor español.

**FEDERICO:** ¿Un escultor español? ¿Cómo se llamaba?

**ENRIQUE:** No estoy seguro del todo, pero creo recordar que era hijo de una inmigrante austriaca de origen ruso. Ese dato me llamó bastante la atención.

**FEDERICO:** ¡No! ¡No puede ser!

**ENRIQUE:** ¿Qué pasa?

**FEDERICO:** ¿Emilio Aladrén?

**ENRIQUE:** Sí, creo que así se llamaba, Emilio Aladrén.

**FEDERICO:** ¡No me lo puedo creer! ¡Pero eso es fantástico! ¡Mi hijito Aladrén me hizo una estatua!

**ENRIQUE:** Flor también le invitó a la casa. Pasó aquí unos días con ella.

**FEDERICO:** ¿Dónde? ¿Aquí, en la casa encantada?

**ENRIQUE:** Sí, aquí, en el Vedado.

**FEDERICO:** ¡Gracias, mi Florecita! ¡Mil gracias, paseante!

**FEDERICO se ha ido poniendo eufórico y, fuera de sí, abraza a ENRIQUE. Los dos se quedan, de repente, quietos, pues se esperan una descarga eléctrica. Sin embargo, esta no sucede.**

**FEDERICO:** *(Deshace rápido el abrazo).*  
No nos ha pasado nada.

**ENRIQUE:** No.

**FEDERICO:** ¡Es asombroso! ¡Nos podemos tocar, no pasa ni pizca! *(Se dispone a abrazarlo otra vez).*

**ENRIQUE:** *(Echándose para atrás).*  
¡Nooo!

**FEDERICO:** No hubo descarga, volvamos a intentarlo. Es fantástico que podamos tocarnos de nuevo. Venga, vamos a abrazarnos. ¡Enrique, no tengas miedo!

**ENRIQUE:** Es que no sé...

**FEDERICO:** Te lo ruego, Enrique, vamos a abrazarnos otra vez.

**ENRIQUE:** Es que me da miedo.

**FEDERICO:** No seas cobarde, si lo máximo que nos puede ocurrir es que nos dé una pequeña descarga. Ya sé que son horribles, pero una más, total, qué más da. Te lo suplico.

**ENRIQUE accede. Los dos se van juntando lentamente hasta abrazarse. No pasa nada. Se abrazan completamente, los dos cuerpos unidos.**

**FEDERICO:** ¿Ves? No ha pasado nada. ¡Estamos enteritos! Qué gusto volver a tocar a alguien. Es verdad que no siento tu calor ni noto tu aliento, pero es la primera vez, desde que estoy muerto, que no tengo esa pesada sensación de soledad. Una pequeña luz se abrió en mi interior.

**Siguen abrazados.**

**ENRIQUE:** Yo no noto mucho, sinceramente.

**FEDERICO:** No mucho, pero algo distinto pasa, no me digas que no. Estoy como más alegre de lo habitual.

**ENRIQUE:** Sí, algo más alegre también me siento yo.

**De repente, hay una gran explosión eléctrica en otra habitación de la casa, un estruendoso relámpago. Los dos se sobresaltan.**

**FEDERICO:** ¿Qué ha sido eso?

**Ambos se miran un instante.**

**ENRIQUE:** Ha sido en el jardín.

**FEDERICO:** ¿En el jardín?

**Los dos se vuelven a mirar un instante. FEDERICO sale corriendo hacia el jardín. ENRIQUE va detrás. El escenario se queda a oscuras y en una gran pantalla vemos imágenes de la casa encantada en sus momentos más esplendorosos, mientras escuchamos una voz de mujer:**

**VOZ:**

*Nadie puede decir  
que he sido yo una casa silenciosa;  
por el contrario, a muchos muchas veces  
rasgué la seda pálida del sueño  
—el nocturno capullo en que se envuelve—,  
con mi piano crecido en la alta noche,  
las risas y los cantos de los jóvenes  
y aquella efervescencia de la vida  
que ha borbotado siempre en mis ventanas*

*como en los ojos  
de las mujeres enamoradas.*

*Y es que el hombre, aunque no lo sepa,  
unido está a su casa poco menos  
que el molusco a su concha.  
No se quiebra a esta unión sin que algo muera  
en la casa, en el hombre... O en los dos.*

## ESCENA 2

**Jardín de la casa en ruinas. FLOR LOYNAZ está sentada en lo alto de una desgastada tapia. FEDERICO, de pie frente a ella. ENRIQUE, sentado por ahí.**

**FEDERICO:** Querida Flor, qué alegría volver a verte. Beba, Bebita, ¡qué guapa estás! ¡Y qué joven! A ti, igual que a Enrique, la muerte te quita años. Te conservas como cuando yo visité La Habana. ¿Cuándo moriste?

**FLOR:** *(Sigue sentada encima de la tapia).*  
En el año 1985.

**FEDERICO:** ¡Qué barbaridad!

**ENRIQUE:** A los 75 años, entonces.

**FLOR:** ¡Cómo me alegra retornar a la casa! Batallé tanto por ella.

**FEDERICO:** Entonces, si es como pensamos Enrique y yo, y fuéramos apareciendo por orden según quién se fue antes, Carlos Manuel tendría que ser ahora un viejito muy viejito, ¿no?, e irse después de ti, e incluso después que Dulce María, posiblemente.

**FLOR:** Carlos falleció antes que yo, unos pocos años antes. *(Cambia de tema).* “Lástima de jardín selvático del que apenas quedan ya esas largas y tentaculares raíces retorcidas que lo abarcaron todo”.

**FEDERICO:** ¿Entonces, Carlos Manuel murió antes que tú?

**FLOR:** Sí.

**FEDERICO:** ¿Estás segura?

**FLOR:** Por supuesto. Yo fui a su entierro. Fue desolador.

**FEDERICO:** ¿Y por qué entonces no se aparece? (*Lo llama*). ¡Carlos Manuel!

**FLOR:** (*A lo suyo*).

“Es impagable poder observar el tiempo transcurrir”; ver su devastación desafiante.

**ENRIQUE:** (*Mirando a Flor*).

Siempre fue así.

**FEDERICO:** Querido Enrique, nuestras conjeturas fueron eso, conjeturas.

**ENRIQUE:** Las hiciste tú solito.

**FEDERICO:** ¡Qué extraña es la muerte! (*A Flor*). Y Dulce María, ¿cuándo murió?

**FLOR:** A Dulce María no la vi morir.

**ENRIQUE:** Igual es inmortal, como tú decías.

**FEDERICO:** Y si los cálculos no me fallan, entonces ahora tendrá unos 120 o 130 o más años. Más vieja que Matusalén.

**FLOR:** Cierto.

**FEDERICO:** Pero, querida Flor, baja de ahí y dame un abrazo, por lo que más quieras.

**FLOR:** Lo siento, Federico, pero no tengo esa necesidad.

**ENRIQUE:** Siempre fuiste tan particular.

**FLOR:** *(A Enrique).*

En eso éramos parecidos, hermanito, ¿no crees?

**ENRIQUE:** Tú, infinitamente más alegre.

**FEDERICO:** *(A Flor).*

¿Dónde estaba mi estatua? La que me pusiste.

**FLOR:** *(Señalando).*

Justo allí, donde estaban las plantas jíbaras. *(A Enrique).*  
Realmente nunca fuimos complementarios, hermano.

**FEDERICO:** Sabías que era uno de mis lugares preferidos del jardín, ¿eh?

**ENRIQUE:** ¡Ahí la has dado, hermanita!

**FLOR:** Esa era la realidad.

**FEDERICO:** ¡Siempre tan considerada, mi querida Beba!

**FEDERICO ha ido al lugar y se pone como una estatua.**

**FEDERICO:** ¿Aquí?

**FLOR:** Sí, justo ahí.

**FEDERICO:** ¿Así?

**FLOR:** Con el pie derecho un poco hacia atrás, que así da más sensación de movimiento.

**FEDERICO:** *(Se coloca como dijo Flor y bromea).*  
Parece como si hubiera estado así mucho tiempo.

**FLOR:** Ahora las manos juntas como si estuvieras soltando una alondra.

**FEDERICO** hace esa última postura y, de pronto, una alondra sale volando de entre sus manos. Todos miran desaparecer a la alondra.

**FEDERICO:** La alondra voló. Desapareció. Es libre.

**ENRIQUE:** En la muerte todos somos libres.

**FLOR:** En la vida yo lo intenté, creedme.

**FEDERICO:** *(A Flor).*

¡Y yo! ¿"Recuerdas cuando íbamos los dos de madrugada a despertar a algún poeta"? ¿"Y cuando traíamos aquí a los muchachos de los muelles que entraban y salían"?

**ENRIQUE:** Y eso a pesar de los impedimentos de Dulce María. Dulce ordenaba y Flor enmudecía.

**FLOR:** "A Dulce le molestaba una enormidad cuando Federico venía y saltaba, tocaba el piano, reía, gritaba..."

**FEDERICO:** ¿Le molestaba?

**FLOR:** Sí.

**FEDERICO:** Jamás hubiera imaginado tal cosa. ¡De los asuntos que uno se entera después de muerto!

**ENRIQUE:** Los enigmas y asuntos familiares siempre se quedaban en la casa.

**FLOR:** No todos. Es conocido cuando Federico llegó por primera vez aquí a nuestra casa.

**FEDERICO:** (*Divertido*).

No me lo recuerdes que me da mucha vergüenza.

**ENRIQUE:** La que no tuviste entonces.

**FLOR:** Nos lo contó El Comodoro.

**FEDERICO:** ¡El Comodoro!, me había olvidado de él, ¡qué injusto! Vuestro silencioso sirviente era indispensable para nuestras achispadas aventuras.

**FLOR:** El Comodoro con sus dos metros diecinueve tirados completamente en el suelo, sin parar de reír, nos lo relató. A mamá también le causó mucha gracia.

**FEDERICO:** ¿El Comodoro os lo dijo?

**FLOR:** A Enrique no le hizo ninguna gracia e intentó despedirlo.

**ENRIQUE:** Bueno, pero al final no lo despedí.

**FLOR:** Porque Dulce María no te dejó.

**FEDERICO:** A ver, Enrique, sé qué, en el fondo, en lo más hondo de ti, te hizo gracia, no me lo puedes negar.

**ENRIQUE:** Sí, con el tiempo me causó gracia. Siempre el impredecible Federico.

**FLOR:** Si el mundo hubiera estado lleno de “Federicos” podríamos haber mirado el horizonte con más esperanza.

**FEDERICO:** ¿Por qué no recreamos aquel momento? Puede ser divertido. Vamos a hacerlo, llevo casi un siglo aburrido. ¡Vamos a hacerlo!

**ENRIQUE:** No sé...

**FEDERICO:** ¡Venga, vamos a recrear ese instante, por el amor de Dios! Estamos aquí los presentes. Enrique hará de Enrique, yo, de mí mismo y de El Comodoro que haga Flor.

**FLOR baja de la pared donde está subida desplazándose por el espacio, sin el menor esfuerzo. ENRIQUE y FEDERICO se quedan asombrados.**

**FEDERICO:** ¡Dios bendito! ¿Eso lo haces habitualmente?

**FLOR:** *(De pie, encima de una silla rota).*  
Sí. Empecé a hacerlo desde el principio.

**FEDERICO:** ¡Qué muertos con suerte! Una se desplaza por el aire. El otro se reencuentra con sus seres queridos y viaja por el espacio cósmico. Se mantienen jóvenes...

**FLOR:** *(A Enrique).*  
¿Viajas por el espacio?

**ENRIQUE:** Sí, de vez en cuando.

**FEDERICO:** En cambio, yo... muertecito de aburrimiento.

**FLOR:** (*A Enrique*).

¡Esa era tu obsesión, el espacio!

**FEDERICO:** ¡Démonos prisa y empecemos a escenificar la escena de mi aparición en la casa! (*Se coloca a un lado del escenario*). Yo vengo cansado del viaje por mar desde Nueva York, pero alegre por dejar la oscuridad y llegar a la luz: La Habana. Desembarqué en La Habana por el muelle de la Machina, y casi fui directo al hotel Miramar. Dormí toda la noche sin despertarme. A la mañana siguiente, después de las visitas obligadas, me dispuse a llegar a la calle Línea y 14 del Vedado. Asombrado con mil adjetivos en la punta de la lengua quedé cuando vi la mansión por fuera. Pensé que estaba soñando. Me pellizqué para comprobar que no era un sueño. Volando, imaginé con lo que iba a encontrarme dentro de esa casa encantada. Llamé a la puerta (*da unos golpes con el pie en el suelo*). La puerta se abrió sola y, tras andar unos pasos, me encontré con un apuesto hombre de más de dos metros de altura.

**FLOR:** (*Flor; encima de unos escombros*).

¡Buenos días, señor!

**FEDERICO:** ¡Buenos días!

**FLOR:** Tiene una cita con el señor Enrique Loynaz Muñoz, ¿no es así?

**FEDERICO:** Sí, así es.

**FLOR:** Espere un momento si es tan amable.

**FEDERICO:** Por supuesto.

**FLOR hace como si tocara una campanilla. Oímos el sonido.**

**FEDERICO:** Entonces apareció Enrique con un albornoz amarillo de seda y unos papeles en la mano.

**ENRIQUE, que estaba en la parte de atrás, se adelanta unos pasos.**

**FLOR:** Señorito, ha llegado el señor que esperaba.

**ENRIQUE:** ¡Gracias! —Tengo que aclarar que ese día yo esperaba a un señor para que me firmase unos documentos de compra-venta de un terreno. Y claro, pensé que ese señor era Federico—.

**FEDERICO y FLOR se miran cómplices y divertidos.**

**ENRIQUE:** ¡Buenos días! Firme aquí, aquí y aquí. *(Le da los documentos imaginarios a Federico, y este los coge y los mira).* Se me olvidó la pluma en mi recámara. Comodoro, vaya a buscar la pluma, por favor.

**FEDERICO:** No hace falta. *(Hace como si se sacara una pluma del bolsillo).* Yo tengo aquí una. *(Se saca la pluma imaginaria y, después de firmar los documentos, se los entrega a Enrique).*

**ENRIQUE mira los documentos y le cambia la expresión de la cara cuando ve la rúbrica. A FLOR se le escapa una risita.**

**ENRIQUE:** ¡No puede ser! ¿Es usted Federico García Lorca?

**FEDERICO hace una reverencia.**

**ENRIQUE:** ¡Pero cómo se le ocurre venir sin avisar! Me pilla hecho un desastre.

**FEDERICO:** Enrique, desde ahora mismito, para ti soy Federico, tu compadre. Y tú para mí eres mi compay cubano. Dame un abrazo.

**Se abrazan. FLOR aplaude divertida.**

**FEDERICO:** De poeta a poeta te digo que somos los eslabones de una cadena interminable unida para toda una vida.

**ENRIQUE:** ¡Un placer conocerte! Leo todo lo que escribes.

**FEDERICO:** Pues ahora leerás más, querido Enrique.

**ENRIQUE:** ¡Que así sea! Discúlpame, pero tengo que recomponerme. El Comodoro te acompañará al jardín. Comodoro, por favor, acompañe al invitado al jardín y avise a las señoritas de la llegada del poeta español Federico García Lorca. Y ahora, si me disculpa...

**ENRIQUE sale del jardín. Desaparece.**

**FLOR:** *(Todavía haciendo de El Comodoro).*  
Señor, acompáñame al jardín. Le prepararé una limonada.

**FEDERICO:** *(Da un salto).*  
¡Ya estamos en el jardín!  
¿Cómo se llama?

**FLOR:** Yo soy el chambelán, pero todos me llaman El Comodoro. Aquí ese es mi nombre, señorito.

**FEDERICO:** ¡El Comodoro! ¿De dónde es usted?

**FLOR:** Yo soy cubano, pero descendiente de vascos.

**FEDERICO:** ¡Oh, hermosos e irredentos vascos! ¡Poseedme!

**FLOR sonrío. Silencio.**

**FLOR:** ¿Sabes que Enrique se disgustó mucho? Se había pasado toda la noche redactando el documento y, de pronto, con ese acto poético tuyo se lo fastidiaste. Tuvo que redactar de nuevo, y menos mal que aquel señor no vino hasta el día siguiente.

**FEDERICO:** Ah, por eso no bajó hasta la noche, ya me extrañó a mí... No reparé en ese momento. ¡Oh, pobre Enrique! (*Le llama, pero nadie contesta*).

**FLOR:** Debe de estar perdido por las habitaciones de la casa.

**FEDERICO:** Fuiste la primera en venir. Y nos sentamos en el banco blanco, ¿te acuerdas?

**FLOR:** Donde estaba el jazmín.

**FLOR va caminando al lugar donde estaba el banco.  
En dicho lugar, ahora, hay una viejas cajas de madera.**

**FEDERICO:** (*Acercándose*).

¡Mi Flor intimísima, qué alegría volver a encontrarte!

**FLOR:** Sí, Federico, qué alegría.

**FEDERICO:** Sabías que era uno de mis lugares preferidos del jardín, ¿eh?

**FLOR:** Jamás lo olvidé.

**FEDERICO:** ¿Invitaste a Emilio Aladrén a la casa? Eso fue algo fabuloso, hijita. ¡Dime! ¿Qué te contó?

**FLOR:** Qué siempre te llevaría en su corazón.

**FEDERICO:** ¡¿Eso te dijo!?

**FLOR:** Y que los años que anduvo contigo fueron de los más gozosos, ¡y que nunca los olvidará!

**FEDERICO:** ¿Gozosos, te dijo?

**FLOR:** Sí.

Parecía un efebo griego entre tahitiano y ruso, ¿verdad?

**FEDERICO:** Verdad.

**FLOR:** Estuvimos aquí mismo, él sentado donde estás tú ahora. Toda la noche sin parar de hablar y reír. —¡Cuánto daría porque Federico estuviera aquí ahora!—, me dijo. Tenía una energía muy parecida a la tuya.

**FEDERICO:** Ciertamente, era así.

**FLOR:** Decía que trabajó por las noches en tu estatua y que cuando trabajaba en ella le hablaba, y que era como estar hablando contigo. —Le conté infinidad de cosas—, me dijo.

**FEDERICO:** ¿Qué cosas?

**FLOR:** Dijo que no me las contaba porque el único interesado eras tú, pero que estaba convencido de que tú ya las sabías... Que, a veces, cuando ibais juntos, tú se lo decías y requetedecías: Solo Federico sabe la verdad de mi desventura. Eso fue lo último que me dijo cuando se despidió.

**FEDERICO se quedará quieto e inmóvil mientras recita uno de sus poemas.**

**FEDERICO:**

*Tengo miedo a perder la maravilla  
de tus ojos de estatua y el acento  
que me pone de noche en la mejilla  
la solitaria rosa de tu aliento.*

*Tengo pena de ser en esta orilla  
tronco sin ramas, y lo que más siento  
es no tener la flor, pulpa o arcilla,  
para el gusano de mi sufrimiento.*

*Si tú eres el tesoro oculto mío,  
si eres mi cruz y mi dolor mojado,  
si soy el perro de tu señorío.*

*No me dejes perder lo que he ganado  
y decora las aguas de tu río  
con hojas de mi otoño enajenado.*

**FLOR:** *(Sonríe).*

¡Es un poema increíble!

**FEDERICO:** Era su preferido y me lo hacía repetir millones de veces. Decía que era tan perfecto...

**FLOR:** Se identificaba con él, supongo.

**FEDERICO:** Supones bien, querida Flor. Han pasado tantos años... y yo, todos estos años muerto. Llevo un siglo muerto y parece que fue ayer.

**FLOR:** Eso es lo bueno de la muerte, que te hace inmortal.

**FEDERICO:** Me parece estar viéndolo ahora... riéndose y alegre.

**FLOR:** Siempre sonreía. Me cautivó ese estado de risa perenne.

**FEDERICO:** A mí también, querida.

**Los dos se quedan en silencio.**

**FEDERICO:** Bebita, dime, tú qué siempre fuiste tan adelantada, ¿crees que habrá algo después de la muerte?

**FLOR:** No lo sé, Federico. Ya hemos visto que después de la vida sí que había algo.

**FEDERICO:** ¡Dímelo a mí!

**FLOR:** Aunque no sé muy bien el sentido que tiene estar aquí así... tú ya me entiendes...

**FEDERICO:** Tal vez este reencuentro tenga un propósito. Quizá esto no sea una coincidencia, y nos estén preparando para la siguiente etapa.

**FLOR:** Ojalá tu hipótesis sea cierta, pero yo ya no espero más de la muerte. Solo es el vacío, y no creo que después de este estado vaya a pasar nada más.

**FEDERICO:** Ya veo que no eres tan entusiasta como cuando estabas vivita.

**FLOR:** Vi cómo el paso del tiempo iba destruyéndolo todo. Entendí que así tenía que ser, porque si no, ¿qué sentido tendría la vida?

**FEDERICO:** Así que, para ti, la vida es destrucción y la muerte es vacío. Me niego a creer que así sea.

**FLOR:** La vida depende de las personas que la habitan. Pero créeme, Federico, la inmensa mayoría de los individuos se dedican a devastar lo que muy pocos organizaron durante mucho tiempo. Nosotros, los poetas, empeñados en poner la belleza en el mundo, con el tiempo seremos olvidados, y nuestras obras quedarán en un segundo o en un tercer plano. La poesía, para esta nueva civilización, es cosa de unos pocos locos empeñados en darle sentido a la vida, a los sentimientos. Hay mucha gente que se muere de hambre y no tienen tiempo para buscar la belleza de las cosas, pues tienen que llenar su estómago y colmar su día a día de caprichos superfluos a los que les acostumbraron. Eso fue así siempre, Federico.

**FEDERICO:** Entonces, ¿las cosas no fueron como yo esperaba?

**FLOR:** ¿Qué esperabas?

**FEDERICO:** Pues que la cultura ocupase uno de los primeros puestos en la sociedad. La cultura y el arte eran la única forma de salvar el mundo. Eso es lo que siempre dijimos.

**FLOR:** No fue así, Federico. Siento decírtelo, pero no lo conseguimos. La industria nos adelantó y se colocó delante

sin dejarnos mucho espacio. La cultura se convirtió en un pasatiempo para la inmensa mayoría, nada más que eso.

**FEDERICO:** Pero a mí me dijeron que mis obras de teatro se hacían y se veían en todo el mundo.

**FLOR:** Y así es, Federico. Y tú serías un gran símbolo de muchas libertades. Pero, desgraciadamente, uno de los últimos poetas famosos.

**FEDERICO:** ¡Ay, qué cosa más triste, querida Beba! ¿Y qué podemos hacer para evitar tal desidia?

**FLOR:** Nada, ya es demasiado tarde. Y, además, recuerda que estamos muertos. Y los muertos no pueden hacer nada para influir en los vivos.

**FEDERICO:** “Los que profanan a los vivos son tan perversos como los que profanan a los muertos”.

**FLOR:** Walt Whitman.

**FEDERICO:** Sí, “hermosura viril. Adán de sangre”. Pues tenía razón.

**FLOR:** ¡Y tanto!

**FEDERICO:** ¡Qué sinrazón más grande!

**FLOR:** Los últimos años de vida los pasé en una casa rodeada de gatos y de perros; no quería saber nada de la humanidad, o lo menos posible. La chiflada, me llamaban. Una vez, un muchacho de ojos claros, periodista, “me preguntó que a qué me dedicaba, y yo le contesté que era propietaria”. Él me replicó que eso no era una dedicación (*suspira*), ¡pobre muchacho!

**FEDERICO:** ¿Y qué le dijiste?

**FLOR:** “Que una propietaria tiene que encargarse de muchas tareas, de infinidad de asuntos”. Que esa era una profesión durísima.

**FEDERICO:** ¡Qué cosa más grande le dijiste!

**FLOR:** ¿Sabes qué es lo que más echo de menos ahora?

**FEDERICO:** ¿El qué?

**FLOR:** Un buen puro habano y una botella de ron blanco.

**FEDERICO:** ¡Es verdad! ¡Qué penita que no se pueda comer ni beber en la muerte!

**FLOR:** Eso es un gran fastidio.  
¡Ni fumar!

**FEDERICO:** Fumar es perjudicial para la salud. Pero ahora, total, que más nos da, si ya estamos muertos.

### **Hacen que beben y comen, y fuman.**

**FEDERICO:** ¡Nuestros caracteres siempre fueron tan parecidos!, y, además, siempre compartimos las mismas aficiones, ¿verdad?

**FLOR:** E idénticos antojos.

**FEDERICO:** Me halagaba tanto tu compañía.

**FLOR:** Era recíproco, Federico.

**FEDERICO:** Siempre confié en ti.

**Silencio.**

**FLOR:** Vendí el manuscrito original de *Yerma* que me regalaste.

**FEDERICO se queda de piedra.**

**FEDERICO:** ¿Quién te lo compró?

**FLOR:** El Patrimonio Nacional de Cuba.

**FEDERICO:** Gracias, querida.

**FLOR:** Aunque creo que está desaparecido...

**De pronto, se oye música habanera de piano que procede de otra sala. FLOR y FEDERICO se miran.**

**FEDERICO:** ¿Estás oyendo lo mismo que yo?

**FLOR:** ¿Un piano?

**FEDERICO:** Lo está tocando Enrique, ¿verdad?

**FLOR:** Sí, sin lugar a dudas quien toca es Enrique.

**Los dos salen corriendo.**

## **ACTO SEGUNDO**



García Lorca en La Habana Vieja

## ESCENA 1

**ENRIQUE**, sentado frente al piano imaginario (que es donde había estado la rata en el primer acto), toca una habanera. Al lado, **FLOR**. **FEDERICO** acaba tocando junto a **ENRIQUE**. Cuando termina la canción, **FLOR** y **FEDERICO** aplauden.

**FEDERICO:** *(Poniéndose en pie)*.

¡La muerte nos está enseñando cosas nuevas! Nunca había escuchado música en la muerte, solo silencio. Un silencio en todas las cosas. ¡Qué regocijo más grande! ¡Un piano imaginario! Fue aquí donde estuvo el piano negro caoba por última vez, ¿no?

**ENRIQUE:** La última vez que yo lo vi sí estaba acá.

**FEDERICO:** *(Divertido)*.

Lo descubrió la rata, ¿te acuerdas, Enrique?

**ENRIQUE:** Sí.

**FEDERICO:** Y después tú.

**FLOR:** El piano siempre estuvo ahí, hasta que Dulce se lo llevó a la casa de 19 y E, donde ella vivió hasta su muerte.

**FEDERICO:** Pues volvió aquí él solito, a las ruinas de la casa encantada.

¡Qué delicia volver a tocar el piano!

**FEDERICO** se sienta y toca al piano *Los cuatro muleros*. **FLOR** canta la canción. Cuando terminan, ambos, felices, se abrazan y sufren un pequeño calambre.

**FEDERICO:** Tú y yo sí que sufrimos descarga. En cambio, a Enrique y a mí ya no nos pasa, ¿verdad Enrique?

**ENRIQUE:** Así es.

**FEDERICO:** Es porque ya me has perdonado.

**ENRIQUE** sonrío.

**FEDERICO:** *(A Flor)*.

¿Lo intentamos de nuevo?

**FLOR:** ¡Vale!

**FEDERICO** y **FLOR**, lentamente, van acercando sus dedos como en el fresco de *La creación de Adán*, de Miguel Ángel. Pero vuelven a sufrir la descarga. Se apartan.

**FEDERICO:** ¡Nada, seguimos eléctricos!

¡Qué cosa más extraña la muerte!

**FLOR:** Verdaderamente.

**Silencio.**

**FEDERICO:** Siempre me gustó el tono de tu voz, es muy parecida a la de la Argentinita. ¡Cuánto daría por verla! *(Se pone a llamarla)*. La he llamado otras veces, muchas veces. Pero nunca viene. Es inútil.

**ENRIQUE:** Nunca sabemos cuándo y dónde vamos a aparecernos.

**FLOR:** Si la Argentinita viene, esto se va a llenar de muertos.

**FEDERICO:** Y de cantos y de fiestas, ¡y de alegría!

**ENRIQUE:** Es una pena que no aparezca Carlos Manuel.

**FEDERICO:** ¡Una verdadera pena! (*Grita a la oscuridad*).  
¡Carlos, por lo que más quieras, cubanito, tienes que venir!

**ENRIQUE:** Su música era tan buena. Una vez nos hizo una magnífica muestra de sus dibujos, acompañados con su música.

**FLOR:** ¡Aquello fue espléndido!  
Mamá siempre decía que Carlos Manuel “creaba poco y siempre figuraba harto”.

**FEDERICO:** Tarde o temprano aparecerá. Ya sé que es inútil llamarle, pero voy a probar con música.

**Se pone a tocar el piano mientras lo llama.**

**FEDERICO:** ¡Carlos Manuel! ¡Manuel! ¡Carlos, ven!  
¡Ven, por lo que más quieras!  
(*Deja De cantar*).  
¡Nada, es inútil!

**FLOR:** En la casa le llamábamos “la enciclopedia viva”. Tenía una vasta biblioteca y se embriagaba de los mejores poetas.

**FEDERICO:** ¿Carlos Manuel?

**FLOR:** Sí.

**ENRIQUE:** Ya desde muy pequeño hizo “alarde de su hermetismo”.

**FLOR:** Fue y será el único heredero de un modernismo enrolado.

**ENRIQUE:** ¿Ah, sí? ¿Consiguió todo eso?

**FLOR:** Y con el paso de los años se le conocerá aún más.

**ENRIQUE:** Estaba huérfano en el eclipse.

**FLOR:** Inaccesible, insuperable. Con ese aliento infausto para transcribir la métrica alejandrina. Dulce María decía que vaticinaba presagios.

**FEDERICO:** ¿Presagios? ¿Carlos Manuel?

**FLOR:** Sí. Que hacía pronósticos.

**FEDERICO:** ¿Qué pronósticos?

**FLOR:** (*Encogiéndose de hombros*).

Eso lo decía Dulce, yo no lo sé. Recuerdo cuando la pelotica que tenía yo aquí (*se toca el pecho*) ya era inmensa al final, una noche me dijo: “Nuestro hermano Carlos Manuel tuvo un confort idiomático del español inigualable”.

**FEDERICO:** ¿Eso te dijo?

**FLOR:** Eso me dijo.

**ENRIQUE:** *(A Flor)*.  
¡Moriste de cáncer!

**FLOR asiente.**

**FEDERICO:** “El vivísimo cáncer lleno de nubes y termómetros con su casto afán de manzana para que lo piquen los ruisseñores”.

**FLOR:** Yo ya parecía una pasa en mis últimos meses de vida. Dulce María me cuidó una enormidad, no se separaba de mí. Bueno, solamente cuando escribía. Porque ya se sabía que “cuando Dulce escribe hay que hacer silencio”. Y yo, con mi arrugadito silencio, hacía un puré de papa que le gustaba mucho a ella.

**ENRIQUE:** Siempre te salió muy rico el puré de papa.

**FLOR:** Una tarde se sentó a los pies de mi cama y me dijo: Carlos Manuel, nuestro hermano más sobresaliente, tuvo constantemente como sombra a la muerte, y no terminaba de morirse una y otra vez. Moría de pena cada vez que enfermaba, volvía a morirse encerrado en su cuarto escribiendo sus poemas de amor, y mucho antes de su fatídica muerte natural, esa que irremediamente antes o después llega, murió cuando destruyó su magnífica obra.

**ENRIQUE:** Carlos Manuel y sus “giros filosóficos”.

**FEDERICO:** ¿Carlos destruyó su obra?

**FLOR:** Sus obras, sus poesías, pasaron a ser ceniza. Las quemó. Después siguió la vida como si nada.

**FEDERICO:** Pero... *(Lo llama)*. ¡Carlos Manuel! ¡Carlos

Manuel!

Pero, ¿por qué hizo eso? ¡Es horrible!

**FLOR:** También quemó el manuscrito firmado que le regalaste de *El público*.

**FEDERICO se queda como un pasmarote y lentamente camina hacia proscenio.**

**FEDERICO:** Pero, ¿por qué lo hizo? Me están entrando unas ganas enormes de llorar. Pero en la muerte las lágrimas tampoco existen, con lo cual, no puedo llorar. Es un fastidio esto de llorar sin lágrimas. Ya no lo aguanto más, no quiero estar más tiempo muerto.

**ENRIQUE:** ¡Tranquilízate, Federico!

**FEDERICO:** Pero, ¿por qué hizo tal cosa? ¡Quiero saberlo, por el amor de Dios!

**FLOR:** Nunca quiso decirlo. Permaneció en silencio. Un absoluto mutismo sobre el tema se apoderó de él.

**ENRIQUE:** A mí no me sorprende, la verdad.

**FEDERICO:** (*Buscando algo de sentido*).

Quizá sería un acto poético.

**FLOR:** ¿Un acto poético? ¿Quemar toda su obra? ¿Sus pertenencias más cuidadas? No, no creo. Pero bueno, menos mal que quedó algo de su primera etapa de poeta, de cuando era adolescente. Y todo lo que permanece, hoy en día, es un gran manantial de historia para la poesía cubana.

**FEDERICO:** Recuerdo sus poemas adolescentes. En Santiago de Cuba me recitó algunos. Eran extrañísimos. No

sabía si eran los temas típicos de la adolescencia o realmente tenían profundidad.

**FLOR:** Tenían profundidad, y estaban perfectamente diseñados. Dulce, junto a María Zambrano, lo corroboraron.

**FEDERICO:** ¿Te sabes alguno de ellos?

**FLOR:** (*Piensa*).

Había uno que decía:

*La estrella está muy cerca y mi cara todavía  
está serena...*

*La estrella se ha detenido a mi espalda y voy  
sintiendo mucho frío.*

*La estrella me toca y tiemblo...*

*La estrella me abraza y muero.*

**ENRIQUE:** Ese poema no es de Carlos, hermanita, y lo sabes.

**FLOR se mofa.**

**FEDERICO:** Ese poema es tuyo, ¿verdad, Enrique?

**ENRIQUE:** Verdad. Flor sigue siendo bromista hasta muerta.

**FEDERICO:** Pero, por el amor de Dios, Flor, dime un poema de Carlos Manuel Loynaz. Te lo ruego.

**FLOR:** Vale.

**De repente se escucha un gran estruendo procedente del jardín. Todos se quedan mirando fijamente, inmóviles.**

**FEDERICO:** ¿Carlos Manuel?

**Del lugar de donde procedió el estruendo aparece por la puerta, caminado muy lentamente, DULCE MARÍA. Recita un poema mientras camina.**

**DULCE MARÍA:**

*Azul todo, todo  
en la tarde cálida.  
Azules los cielos  
y azul en las casas.  
Azul de la piedra  
azul, torres chatas.  
Azules los puentes,  
y azul la montaña.  
Azul, horizontes,  
azul, tierras bajas.  
Azul, cielo en fuegos,  
azul, agua mansa.  
Azul que se aviva  
y azul que se opaca.  
Azul todo, todo  
en la tarde cálida.  
Azul todo y todo...  
y azul nada, nada;  
¡azul que penetras,  
azul, toda el alma!*

**Todos se han quedado pasmados.**

**DULCE MARÍA:** Nuestro hermano más pequeño escribió este poema con dieciséis años.

**FEDERICO:** ¡Dulce María! Eres Dulce María, ¿verdad?

**FLOR:** Lo es. Y se conserva en la muerte con el mismo esplendor de belleza que tenía en la vida. Tendrá unos setenta años. Recuerdo lo bonita que era entonces.

**FEDERICO:** ¡Te has aparecido como un Diosa!

**DULCE MARÍA:** Estoy en paz conmigo misma. Estuve viva más tiempo que todos ustedes. Viví hasta los noventa y cinco años.

**FEDERICO:** ¡Qué envidia!

**DULCE MARÍA:** Federico, aquello tuyo fue el inicio del declive de la poesía, del arte. Y a ti, mi hermano Enrique, a quien no dejé en el tintero desde tu muerte ni un ratico. “Y a mi hermanita Flor, pero con espinas, y yo, que de Dulce solo tengo el nombre. Las últimas de la estirpe: Flor, la menor, y yo, la mayor. Porque nuestra familia jamás se desmembró. Cuando Flor falleció, yo no sabía si era yo misma o era la mitad de ella”.

### **FLOR suelta un pequeño quejido ahogado.**

**DULCE MARÍA:** Las malas lenguas decían que “Flor se había quedado para vestir santos”.

**FEDERICO:** ¿Eso decían? “Las malas lenguas no tienen fin para inventar”.

**DULCE MARÍA:** “Pero yo siempre pensé que Flor se había quedado para meditar. Y yo la veía meditar y eso me reconfortaba enormemente”. Es verdad que Flor había llevado una vida, no sé cómo decirlo... una vida un poco inconstante, de demasía, de provocar a la sociedad burguesa. Pero sus musas emanaban de una magnitud inigualable.

**FEDERICO:** (*A Flor*).

Siempre permaneciste en otra dimensión.

**DULCE MARÍA:** Y yo era todo lo contrario. Porque quien tenía que ejercer el custodio de la familia era yo. Flor me ayudó, a su manera, una barbaridad. Porque ella fue un fabuloso archivo. Un archivo legendario. Y yo, sin embargo, tenía que mantener enclaustradas las charlas, los debates que se hacían en mi casa. Después de la revolución del 59 yo me quedé callada, me quedé muda, en silencio.

**FEDERICO:** ¿¿¿En Cuba hubo una revolución???

**FLOR:** La hubo.

**FEDERICO:** ¿¡Una revolución?!

**DULCE MARÍA:** El tiempo, para mí, después de la revuelta, no existía. “Viví dentro de mi casa y era preferible no mirar fuera. Opté por eso”. Y doy gracias a Dios por haber sido una protegida. Aunque hubo algún allanamiento de morada en mi casa, a mí se me respetó, y mi prudencia me hizo ser aún más respetada por esa revolución anquilosada. En ese sentido tuve suerte; otros, no tanto. Pero la libertad del individuo es otra cosa... A uno (*señala a Federico*) se la quitaron unos; y, los otros, a nosotros.

**FEDERICO:** Los unos y los otros. Siempre los unos y los otros. La preciada libertad no debería cambiar de nombre. Solo hay una libertad. Es solo una. La misma para todos.

**DULCE:** En los últimos años de mi vida tuve que estar sola. “La soledad me tocaba de lleno, pero no era algo extraño para mí, pues se sabe que nosotros habíamos sido criados en un ambiente de soledad muy grande”.

**FLOR:** ¡Ayyy!

**ENRIQUE:** Yo viví enfermo de soledad.

**DULCE MARÍA:** “No se nos permitía intercambio con amiguitos. Cuando nuestra madre se quedó sola aflojó un poco la mano, y entonces, nos permitió que viviéramos a nuestras anchas. Que nos creáramos un mundo en aquella casa”. En esta casa, ahora en ruinas.

**Todos miran las paredes y los techos de la casa.**

**DULCE MARÍA:** *(A Flor).*

Te eché tanto de menos cuando te fuiste. “En los últimos años de vida, aunque lúcida y ágil de mente, estaba frágil de salud y casi ciega. Para alguien como yo, tener que renunciar a la lectura y a las emociones era como vivir en un pozo sin fondo”. Tengo que decir que pasé penurias. No obstante, he de decir que eso tampoco era extraño en Cuba.

**FEDERICO:** ¡No me lo puedo creer!

**DULCE MARÍA:** *(A Flor).*

Echaba tanto de menos tu purecico de papas que llegué a soñar con él. Pero aguanté. Resistí con el poco vigor que me quedaba. Una mañana, sin más, me dieron una noticia que me pillaría desprevenida, pero que agradecí de verdad y me reconfortó enormemente.

**Todos escuchan atentamente.**

**DULCE MARÍA:** Me llamaron de la Embajada de España para decirme que me concedían el Premio Cervantes. “Fue algo inesperado para mí. Nunca esperé eso, pues yo vivía ya retirada. Y ahora más que nunca. No lo esperaba ni hubiera hecho nada para que se me diera”.

**FEDERICO:** ¿El Premio Cervantes? No sé qué premio es, pero suena bárbaro.

**FLOR:** ¡Ay, Dulce, qué alegría! ¡Te lo merecías tanto! (*A Federico*). El premio Cervantes está considerado como el galardón literario más importante en lengua castellana.

**FEDERICO aplaude muchísimo. FLOR también. ENRIQUE mira divertido.**

**FEDERICO:** (*Aplaudiendo*).  
¡Bravooo!

**FLOR:** (*También aplaudiendo*).  
¡Merecidísimo!

**DULCE MARÍA:** “Había mucha gente que lo merecía, gente que estaba más en la actualidad que yo, que estaba casi retirada en mi casa. Pero para mí fue una sorpresa magnífica y, desde luego, me sentí muy agradecida”.

**FEDERICO:** ¡¿Dulce María Loynaz es premio Miguel de Cervantes?!

**ENRIQUE:** Eso parece.

**DULCE MARÍA:** Cualquiera de los que estáis acá presentes hubierais merecido ese premio y muchos otros más. A ti, Federico, ¡si no te hubieran cortado tan pronto las alas!

**FEDERICO:** Fue demasiado pronto, ¿verdad?

**ENRIQUE:** Y no lo merecías.

**FLOR:** Nadie merece irse tan pronto. Por eso dudé de Dios.

**DULCE MARÍA:** (*A Federico*).

Aun así, muchos premios y homenajes culturales de la Tierra llevarían tu nombre. Infinidad de calles, de plazas, decenas de colegios, bibliotecas, centros culturales de todas las partes del mundo tendrían tu nombre: Federico García Lorca.

**FEDERICO:** ¿Y también en España?

**DULCE MARÍA:** En España, en Argentina, en Latinoamérica, Estados Unidos...

**FEDERICO:** ¿También en Estados Unidos?

**DULCE MARÍA:** Tus obras se representarían en Nueva York con gran éxito.

**FEDERICO:** ¡Ay, no me digas esas cosas que me deshago de penita!

**ENRIQUE:** ¿Pena? ¿Por qué?

**FEDERICO:** Por no haber podido saborear los laureles, con lo que a mí me gustaban todos esos jolgorios. Y ahora, pobre de mí, me encuentro en la muerte sometido a la soledad. Porque no hay nada peor que estar muerto en soledad.

**ENRIQUE:** Pero aquí eres libre, Federico. En la muerte eres libre.

**FEDERICO:** No soy libre porque estoy solo, y la soledad me pesa como un cántaro lleno de tierra mojada en los hombros de una niña.

**FLOR:** Pero ahora estás con nosotros, Federico.

**FEDERICO:** Sí, ¿pero hasta cuándo? No quiero quedarme otra vez solo.

**FLOR:** No te vas a quedar solo, Federico.

**FEDERICO:** ¿Estás segura?

**FLOR se encoge de hombros.**

**FEDERICO:** No quiero sentir la soledad en la muerte. Fue un error, me fui sin querer.

**DULCE:** Pocas personas se van queriendo.

**FEDERICO:** Me acostumbré a la muerte, pero no a la soledad. ¿Por qué vosotros no os sentís solos y yo sí?

**DULCE MARÍA:** *(Animándolo).*

Será porque nosotros tenemos que resolver algunos asuntos. Tú, Federico, seguro que te fuiste con todos los deberes bien hechos.

**FEDERICO:** *(Enojado).*

¿Tú crees? No estés tan segura.

**ENRIQUE:** Federico, tranquilízate.

**FEDERICO:** No quiero tranquilizarme, Enrique. No quiero seguir inerte.

**DULCE MARÍA:** Por favor, Federico, no te alteres.

¡Sigues con la misma energía que cuando estabas vivo, por Dios!

**FEDERICO:** Llevo muerto más años que todos vosotros

y aún no me he acostumbrado a la horrible mudez de la soledad. ¡No la soporto! (*Se va hacia un rincón de la habitación*). ¡Y encima no puedo llorar!

**DULCE MARÍA:** (*Muy Bernarda Alba*).

¡Te acostumbras!

**FEDERICO llora sin lágrimas y ENRIQUE se acerca para consolarlo. Ambos hablan en susurros (que no oímos).**

**DULCE MARÍA:** Flor, mi bella hermana, quisiera aprovechar para hablar contigo. No es que necesite ningún perdón, porque sé que ya me has perdonado. Aunque tú y yo estuviésemos afectivamente muy juntitas al final, hubo épocas absurdamente tensas entre nosotras. Ahora tenemos que decirnos las cosas que no nos dijimos entonces, para que no queden.

**FLOR:** Jamás pensé que te escucharía decir esto.

**DULCE MARÍA:** Y esta oportunidad que se me brindó, ahora y aquí, es para decirte que te envidiaba porque “nunca envejecías”. Te envidié cuando te “construiste aquel pabellón con sentido egipcio”. ¡Era hermoso, deslumbrante!

**ENRIQUE y FEDERICO se dan la vuelta y escuchan.**

**DULCE MARÍA:** Envidiaba también tu estilismo y elegancia, y tu buen gusto para vestir. Te envidiaba a mi manera. Cuando las dos quedamos encalladas en ese sinsentido, de no dirigirnos ni una sola palabra durante años, eras tú siempre la que aflojaba. Envidiaba los consejos prácticos que me dabas. Envidiaba tus reflexiones sinceras y pragmáticas. Muy hermosas y refinadas. Tenías un diálogo

sólido y resistente. Yo fui petulante, tú todo lo contrario. Y yo sé que te llevaste silencios muy grandes contigo, y en lo que a mí me incumbe, quiero que me los digas.

**Hay un largo silencio.**

**FLOR:** Yo nunca fui una criatura realizada, y lo sabes, Dulce. Tenía pánico. Temor a ser observada. La envidia era mi castigo, no el tuyo. “Tenía envidia del talento que Dios te había concedido. Sabías hacer todas las cosas y yo no”.

**FEDERICO:** *(Tímido)*.

Eso no es cierto.

**DULCE MARÍA:** ¡Federico, tú no te entrometas en esto!

**FEDERICO:** ¡Perdón!

**FLOR:** Siempre pensé que “tenías que haber amado mucho. Le pedí a Dios muchos votos para tu destino y tus triunfos”. Nadie se acercó a mí. Todos se acercaban a ti. A tu lado, me sentía acomplejada. Eras ausente y no se te podía abordar. Había que escuchar lo que tú quisieras contestar.

**Silencio.**

**FLOR:** También odiaba tu absurda colección de abanicos.

**DULCE MARÍA:** *(Sorprendida)*.

Pensé que te gustaban, e incluso que me llegaste a envidiar por ello.

**FLOR:** Jamás. Los abanicos no sirven para nada.

**FEDERICO:** ¡Anda que no!

**FLOR:** Y odiaba con todas mis fuerzas cuando, al final, tenía que “mandar un mensajero con un papelito al portador para que me enviases dinero”.

**FEDERICO:** *(A Dulce).*

¿Hiciste eso?

**DULCE:** Tenía que controlar los gastos de la casa. Flor tenía una mano muy ligera.

**FLOR:** Eso es verdad.

**FLOR, de repente, tiene un ataque de risa con carcajadas. Todos miran sorprendidos. El ataque se risa dura casi un minuto.**

**FLOR:** *(Dejando de reír, por fin).*

¡Ay, qué a gusto me he quedado! ¡Lo necesitaba! Creo que ya no tengo nada más que exorcizar, hermana.

**FEDERICO:** ¡Has podido reírte! *(Federico intenta carcajear, pero no puede).*

**FLOR se acerca a DULCE MARÍA y se abrazan. No salen chispas.**

**DULCE MARÍA:** ¡Te quise tanto!

**FLOR:** Yo a ti también.

**FEDERICO se queda pensativo. Todos los demás están en silencio, tranquilos. Dulce y Flor siguen juntas.**

**FEDERICO:** ¡Se me ocurre una cosa!

Vamos a hacer como que dormimos y probemos a soñar, aunque sea despiertos. Ya que la muerte no nos permite dormir ni soñar, nosotros soñemos despiertos fingiendo que dormimos. ¿Os parece buena idea?

**DULCE:** Nunca me gustaron los juegos lúdicos, pero ahora lo encuentro divertido.

**FEDERICO:** ¡Venga, vamos a dormir!

**FLOR:** ¿Y si nos dormimos y cuando despertemos todo ha sido un sueño?

**DULCE y FLOR se ríen.**

**FEDERICO:** Demasiado largo.

**Divertidos, como niños, se acuestan por cualquier lugar.**

**FEDERICO:** *(Entre dientes).*  
¡Ojalá suceda!

**ENRIQUE:** No vamos a poder soñar. Es imposible.

**FEDERICO:** No seas negativo.

**ENRIQUE:** No lo puedo evitar.

**Acostados y en silencio esperan que les entre el sueño.**

**FEDERICO:** La verdad es que no tengo nada de sueño.

**DULCE:** Federico, para dormirse hay que estar en silencio.

**Silencio.**

**FEDERICO:** Voy a contar ovejas.

**DULCE:** ¡Shhh!

**Silencio.**

**FEDERICO:** Recuerdo un día en la Residencia de Estudiantes de Madrid que Pepín Bello, un amigo y camarada, me dijo...

**FLOR:** ¡Shhh!

**FEDERICO:** Federico, imagina que después de todo el empeño en tu trabajo, de todo el esfuerzo para crear tu maravillosa e irrepetible poesía, de esa felicidad que te embarga, de pronto, mañana mismo, desapareces. Yo le dije: “Pepinito”, no me seas gafe y no vuelvas a repetir eso nunca jamás. Porque eso no va a suceder.

**DULCE:** ¡Qué desidia!

**FEDERICO:** —¿Qué pensarías de la vida?— me dijo Pepín.

**DULCE:** ¡A dormir!

**FLOR:** *(A Dulce).*  
Sigues tan mandona.

**DULCE:** Sí, eso se me ha multiplicado.

**Las dos se ríen.**

**FEDERICO:** Y yo me quedé mudo, con la mente en blanco. Y Luis Buñuel me agarró por los hombros mientras me decía: Federico, tú nunca desaparecerás, ninguno de nosotros, los que hacemos arte desde la belleza, desapareceremos. De una forma o de otra siempre estaremos ahí, aunque sea en la mente de alguien que por un momento se asome a la historia.

**DULCE MARÍA:** Federico, cállate ya, por favor, que queremos dormir.

**FEDERICO:** ¡Qué buen hombre era Luis!

**FLOR:** ¡A dormir!

**A las dos hermanas les entra la risa.**

**FEDERICO:** ¡Qué suerte poder reírse en la aburrida muerte!

**DULCE MARÍA:** ¡Shhh!

**FEDERICO:** Enrique, ¿tú también puedes reírte?

**ENRIQUE:** No sé, no me importa.

**DULCE MARÍA:** ¡Shhh! ¡A dormir!

**FLOR se ríe, aunque intenta reprimir la risa.**

**FEDERICO:** Dulce María, una última pregunta y ya me callo.

**DULCE MARÍA:** Dime.

**FEDERICO:** Cuando te dieron el Premio Cervantes,

¿estuviste en España?

**DULCE:** Sí.

**FEDERICO:** ¿En qué año fue?

**DULCE:** En 1992.

**FEDERICO:** ¿Y cómo era España en los años 90?

**DULCE piensa un instante.**

**DULCE MARÍA:** Distráida. Aciaga.

**Silencio**

**DULCE:** Y ahora venga, a dormir.

**FEDERICO:** ¡Y a soñar!

## ESCENA 2

**Salón de la casa. Todos siguen tumbados en la misma posición, o es posible que alguien se haya cambiado de lugar. CARLOS MANUEL está en la parte de atrás, mirándolos en pie.**

**CARLOS MANUEL:** ¡A la paz de Dios!

**FEDERICO :** *(Tumbado y sin mirar. Instintivamente).*  
¡Así sea!

**FEDERICO se incorpora y ve a Carlos Manuel.**

**FEDERICO:** ¿Carlos Manuel?

**CARLOS MANUEL:** Hola, Federico.

**Todos se incorporan y miran a CARLOS MANUEL.**

**FLOR:** ¡Ya estamos todos!

**FEDERICO:** ¡Has aparecido! ¡Gracias a Dios!

**CARLOS MANUEL:** Hay millones de trillones de muertos atrapados por el universo.

**ENRIQUE:** Y también millones de vivos atrapados por todas partes.

**CARLOS MANUEL:** Enrique, mi hermano mayor. Llevo algún tiempo espiándote.

**FEDERICO:** ¿Puedes espiar? ¡Otro muerto con suerte!

**DULCE:** Espiar es de mala educación. No va contigo, Carlos Manuel.

**ENRIQUE:** (*A Carlos Manuel*). Total, para lo que hago.

**CARLOS MANUEL:** Mi hermana mayor, te he echado tanto de menos.

**DULCE MARÍA:** Y yo a ti, Carlos Manuel. No te lo puedes ni imaginar.

**FLOR:** Dulce María y yo nos quedamos tan solas el día que te fuiste.

**CARLOS MANUEL:** Mi amada hermana pequeña. Mi Bebita.

**ENRIQUE:** (*A Carlos*). ¿Y qué es lo que has visto?

**CARLOS MANUEL:** Te he visto amando. Y con tranquilidad, que es como se debe amar.

**ENRIQUE:** ¿Cómo?

**CARLOS MANUEL:** No te hagas el tonto. Te vi con Higilda María. Os he visto varias veces.

**FLOR:** ¿Te has encontrado con tu amiguita de la adolescencia?

**ENRIQUE:** A ver... Sí, pero solo unas pocas veces.

**DULCE MARÍA:** Higilda María se suicidó.

**FEDERICO:** *(A Carlos Manuel)*. ¿Se puede amar muerto? ¿Eso es lo que quieres decir?

**CARLOS MANUEL:** Sí, pero no es fácil llegar a esa fase, Federico. Enrique ha sido el primero de nosotros en conseguirlo.

**FLOR:** ¡Siempre tan enamorado!

**FEDERICO:** *(A Dulce)*. ¿Ves como sí que hay fases?

**DULCE:** Llámalo como quieras.

**FEDERICO:** Pero Enrique, es maravilloso volver a enamorarte. Carlos Manuel, acabas de abrirme un mundo nuevo en la muerte. ¡Yo quiero volver a amar!

**CARLOS MANUEL:** Federico, en la muerte, las cosas llegan cuando tienen que llegar. No puedes forzarlas.

**FEDERICO:** ¡Qué incógnita más grande es la muerte!

**FLOR:** Es un verdadero enigma.

**FEDERICO:** Y nosotros estamos aquí para resolverlo. Ahora sí que lo veo claro. ¡Llevo un siglo esperando este momento! Y ese momento ha llegado.

**CARLOS MANUEL:** ¡Sí, llegó!

**FEDERICO** se sube encima de unos escombros. Desde ahí, habla y gesticula igual que un maestro de ceremonias.

**FEDERICO:** Señoras, señores, Carlos Manuel...  
¡¡¡El conjuro se cumplió!!!

**CARLOS MANUEL:** ¡Se cumplió, Federico! ¡Bendita tu imaginación!

**DULCE MARÍA:** ¿De qué estáis hablando?

**FLOR:** ¿Hicisteis un conjuro?

**FEDERICO:** Carlos Manuel y yo hicimos un conjuro en Santiago de Cuba.

**FEDERICO y CARLOS MANUEL se miran.**

**FEDERICO:** ¡Y se cumplió!

**CARLOS MANUEL:** ¡Absolutamente!

**CARLOS MANUEL, de repente, tiene una explosión de felicidad y se pone a reír. Al momento, también se ríe FEDERICO.**

**FEDERICO:** ¡Ya puedo reírme! ¡Es fantástico! *(Se pone a reír dando saltos por la habitación).*

**ENRIQUE:** ¿De qué estáis hablando? ¿Qué pasa?

**FEDERICO deja de reír.**

**FEDERICO:** Cuando en 1930 Carlos y un presente fuimos a Santiago de Cuba hicimos un conjuro de sangre. Una afrocubana nos hizo ñañiguísmo.

**DULCE MARÍA:** ¿Ñañiguísmo?

**CARLOS MANUEL:** Sí.

**DULCE MARIA:** ¡Por el amor de Dios!

**FEDERICO:** Carlos Manuel, al principio, no estaba convencido del todo, pero insistí tanto...

**CARLOS MANUEL:** Funcionó. Tenías razón, Federico.

**FEDERICO:** ¡Y aún no me lo creo! ¡Es magnífico! ¡Un siglo de espera!

**FLOR:** ¿Queréis contarnos ya de una vez el conjuro?

**FEDERICO:** Ella, la santera, vestía de blanco impoluto y nos hablaba con palabras desconocidas para nosotros, pero que sonaban como estruendos. (*Imita a la santera*). ¡Olodumare! ¡Olodumare!

**CARLOS MANUEL se ríe.**

**FEDERICO:** Nos hizo una limpieza espiritual con humo. Humo aromático de troncos ancestrales traídos desde Zambia. Alrededor de nosotros había elementos africanos, y también algún elemento cristiano. Todos los niños cubanitos que estaban alrededor miraban absortos.

**CARLOS MANUEL:** (*A Flor*).

Había un cáliz de oro de una antigua catedral de Roma que a ti te hubiese encantado.

**FLOR:** Me lo creo.

**FEDERICO:** Nos pusimos muy serios. Aquello fue toda una transculturación.

**CARLOS MANUEL:** A la santera los ojos se le salían de las órbitas.

**FEDERICO:** Creedme, fue un verdadero animismo. Nos hacía amarres para comprobar si nos habíamos quedado enamorados y sujetos a la voluntad y arbitrio de alguien que no nos correspondía.

**CARLOS MANUEL:** Y ni Federico ni yo habíamos quedado amarrados en ninguna red.

**FEDERICO:** ¡Solo hubiera faltado eso!  
También nos hizo rompimientos.

**CARLOS MANUEL:** Y protecciones y resguardos. Nos decía: “Dar coco”.

### **Los dos se ríen.**

**FLOR:** ¡Os hizo magia!

**DULCE:** (*A Flor*).

Hubo una época en la que tú también hiciste magia, ¿no?

**FLOR:** Sí, y a veces funcionó.

**FEDERICO:** ¡Vaya que sí!

Al terminar nos dio un pergamino de un papel antiquísimo, donde nosotros teníamos que elaborar un mapa con toda clase de detalles para que después de muertos nos reencontráramos en el más allá. O sea, aquí.

**CARLOS MANUEL:** En una fecha indeterminada.

**FEDERICO:** Estaba todo escrito.

**ENRIQUE:** ¿Hicisteis eso?

**CARLOS MANUEL:** Sí. Y os incluimos a todos vosotros en el aquel plano.

**DULCE MARÍA:** ¿A nosotros?

**FEDERICO:** Sí, a todos los que estamos aquí presentes.

**FLOR:** ¡Qué genialidad!

**DULCE MARÍA:** Si estuviese viva no me haría ninguna gracia, la verdad.

**CARLOS MANUEL:** Lo siento, Dulce. Te pido disculpas.

**FEDERICO:** También yo, Dulce María.

**DULCE MARÍA:** Aceptadas. Ya me da igual.

**FEDERICO:** El primer reencuentro sería de los dos primeros en morir. Y, desafortunadamente, fuimos Enrique y yo.

**CARLOS MANUEL:** Hay que aclarar que para que el conjuro empezara a hacer efecto teníamos que estar todos muertos.

**FEDERICO:** (*A Enrique*).

Cuando te vi ahí sentado no me lo podía creer. Había pasado tanto tiempo que pensé que eso ya no iba a suceder. Y ocurrió.

**CARLOS MANUEL:** Los dos muertos deberían hablarse, contarse cosas. Uno de ellos tenía que llamar a cualquiera de los otros tres.

**ENRIQUE:** *(A Federico).*

¡Ah, por eso llamabas a Carlos con tanto empeño!

**FEDERICO:** Así es.

**CARLOS MANUEL:** Y después, para que apareciese el tercer muerto.

**FEDERICO:** O el que murió en el tercer lugar, que es lo mismo.

**CARLOS MANUEL:** Tenían que abrazarse.

**FEDERICO:** Cuando confeccionamos el mapa, no podíamos ni imaginar que los muertos, al tocarse, sufrirían descarga eléctrica.

**CARLOS MANUEL:** ¡Cómo lo íbamos a imaginar!

**FEDERICO:** Y entre Enrique y yo, efectivamente, hubo “chispas”.

**ENRIQUE:** ¡Muchas!

**FEDERICO:** La primera vez, cuando te abracé, las pasamos negras, ¿eh? La segunda fue cuando no hubo descarga. Nos quedamos abrazados un ratico con mucho gustico, ¿verdad?

**ENRIQUE:** Y al momento hubo descarga en el jardín.

**FLOR:** Y aparecí yo.

**ENRIQUE:** El tercero en morir fue Carlos Manuel. Según vuestro conjuro debería haber aparecido él y no Flor.

**FEDERICO:** Sí, es cierto. Cuando Flor me dijo que Carlos había muerto antes que ella, no sabía qué pensar. ¿Por qué apareció Flor en vez de Carlos?

**ENRIQUE:** Esto es una locura.

**DULCE MARÍA:** ¿Quién de los dos se quedó con el pergamino?

**FEDERICO:** Carlos Manuel.

**Todos miran a CARLOS MANUEL.**

**DULCE MARÍA:** Y Carlos Manuel lo quemó con toda su obra.

**CARLOS MANUEL:** (*Excusándose*).  
Era mi obra.

**ENRIQUE:** Pero estaba el pergamino.

**FEDERICO:** ¡Y lo quemaste!  
¡Junto a mi manuscrito de *El público*, por cierto!

**CARLOS:** Lo siento, no reparé en ello, lo prometo.

**FLOR:** No todo lo que se carbonizó era tu obra, Carlos Manuel.

**CARLOS MANUEL:** No reparé en ello. Os lo juro.

**FEDERICO:** ¿Y se puede saber por qué lo hiciste?

**CARLOS MANUEL:** Por miedo. Miedo a ser incapaz de encontrar el amor. Ese donjuanismo que me caracterizaba

no era nada más que un estúpido alarde. Después me encerré con los libros, con la música, con los dibujos... Se me daban bien y me mantenían ocupado. Con el paso de los años me derrumbé y empecé a odiar mi obra, a odiar todo lo que había aprendido. Me sentía culpable por saber tanto y pensaba que quizá esa era la causa de no encontrar el amor verdadero. El amor hay que sentirlo aquí (*se pone una mano en el pecho*) y no aquí (*se toca la cabeza*). Una tarde me cabreeé muchísimo y agarré todo lo que encontré en mi biblioteca, lo metí en cajas y El Comodoro me llevó al castillo en ruinas de Cienfuegos, y allí lo quemé todo.

**ENRIQUE:** ¿El Comodoro te acompañó?

**CARLOS MANUEL:** Me prometió no hablar del asunto.

**FLOR:** Y no lo hizo.

**FEDERICO:** Y después de quemar toda tu obra, de quemar el pergamino, de quemar mi manuscrito de *El público*, ¿encontraste el amor?

**CARLOS MANUEL:** Sí, lo encontré.

**Los hermanos se quedan sorprendidos.**

**DULCE:** Lo disimulaste muy bien, sinceramente.

**ENRIQUE:** El amor no se puede disimular.

**FLOR:** ¿Viviste un romance a escondidas?

**CARLOS MANUEL asiente.**

**CARLOS MANUEL:** Y me dolió tanto el amor que a las

dos semanas de casarme me divorcié. Y después, nos veíamos de incógnito como amantes unas cuantas veces al mes en un pequeño hotel de La Habana vieja. Siempre en la misma habitación. Nos gustaba estar así. Éramos muy felices de esa manera.

**FLOR:** ¿Y quién era ella?

**CARLOS MANUEL:** Higilda María.

**FEDERICO:** ¿La que se suicidó?

**FLOR:** La misma que se encuentra con Enrique en la muerte.

**DULCE:** ¡Claro! Esa mujer se suicidó al poco tiempo del fallecimiento de Carlos Manuel.

**FEDERICO:** *(A Carlos Manuel).*

Se mató porque no podía vivir sin ti, ¿es eso?

**CARLOS MANUEL:** Yo no sé.

**FEDERICO:** Tienes que hablar con ella.

**CARLOS MANUEL:** Ya lo está haciendo Enrique. Además, no creo que quiera verme.

**FLOR:** Al menos no la espíes. Era una verdadera belleza tropical, Higilda María.

**FEDERICO:** Enrique, cuando veas a Higilda dile que has visto a Carlos Manuel.

**CARLOS MANUEL:** No hace falta, se lo diré yo. Creo que es legítimo.

**FEDERICO:** Así me gusta.

**FLOR:** ¡La muerte es tan enigmática!

**ENRIQUE:** Es misteriosa, ¿verdad?

**Momento de silencio.**

**FEDERICO:** Pero dejemos atrás los amoríos y volvamos al conjuro. ¿Dónde nos habíamos quedado?

**DULCE MARÍA:** En el tercer muerto.

**FLOR:** Que fue Carlos Manuel, pero como quemó el pergamino aparecí yo.

**FEDERICO:** Y ese tercero tenía que declamar un poema suyo. Yo induje a Flor para que recitase un poema de Carlos, pues había sido el tercero.

**FLOR:** Y cuando iba dispuesta a recitarlo apareció Dulce.

**ENRIQUE:** Recitando el poema de Carlos Manuel.

**FEDERICO:** *(A Dulce).*

¿Sabes por qué apareciste declamando un poema de Carlos Manuel?

**DULCE:** Llevaba un ratico escuchándoles.

**ENRIQUE:** Ya son dos los que espían.

**CARLOS MANUEL:** *(Irónico).*

Eso es de mala educación, Dulce María. No va contigo.

**FEDERICO:** Cuando apareció Dulce yo ya no sabía qué pensar. El conjuro se estaba cumpliendo después de más de un siglo, pero no el diseño del mapa que habíamos confeccionado. Aun así, yo seguía el rumbo de las flechas del mapa.

**CARLOS:** Y la siguiente acción sería dormir despiertos, y soñar.

**ENRIQUE:** Federico, lo tenías todo programado.

**DULCE MARÍA:** Y apareció Manuel.

**Hay un silencio.**

**DULCE:** Todo esto me parece divertido, ¿pero adónde pretendéis o pretendíais llegar?

**FEDERICO:** El conjuro aún no se ha terminado.

**CARLOS MANUEL:** Ahora hay que representar las exequias del primer muerto.

**ENRIQUE:** Que fue Federico.

**FLOR:** *(A Federico).*

Te las hicimos aquí en la casa. Lo organicé yo.

**FEDERICO:** Gracias, Bebita.

**FLOR:** Carlos tocó al piano *Anda jaleo*, y yo me dejé los pechos descubiertos con tu nombre escrito en tinta de vivos colores.

**FEDERICO:** Estoy deseando ver ese grandioso espectáculo. Lo deseo fervorosamente. Con gran alborozo.

**DULCE MARÍA:** ¿Y qué ganaríamos con eso?

**FEDERICO:** Volver al lugar donde estaba cada uno de nosotros al quinto día de... de mi defunción.

**DULCE MARÍA:** ¿El quinto día?

**ENRIQUE:** No estoy seguro de qué habláis.

**DULCE MARÍA:** ¿Volver a la vida?

**FEDERICO:** Eso es. Al 23 de agosto de 1936.

**ENRIQUE:** Yo no quiero volver.

**FLOR:** Ese día estábamos todos aquí, en la casa.

**CARLOS:** Yo no. Yo a los pocos días de lo de Federico me fui a Santiago de Cuba.

**ENRIQUE:** ¿Y a qué fuiste a Santiago de Cuba?

**FEDERICO:** ¿Volviste a Santiago de Cuba?

**CARLOS MANUEL:** Sí.

**FEDERICO:** ¿Para qué?

**Todos miran expectantes.**

**FLOR:** ¿A ver a la santera?

**CARLOS MANUEL:** Sí.

**FEDERICO:** ¿Para qué?

**CARLOS MANUEL:** Fui para hacer un cambio al conjuro.

**DULCE:** ¿Cambiate el conjuro?

**CARLOS MANUEL:** Solo el final.

**FEDERICO:** ¿Ya no podremos volver a 1936?

**ENRIQUE:** Me quedaría mucho más tranquilo si así fuese.

**FLOR:** ¡Pero Carlos Manuel!

**CARLOS MANUEL:** Volverá el que lo desee. Quién no anhele regresar, se quedará tal cual.

**DULCE MARÍA:** Creo que eso es democrático y equitativo.

**FEDERICO:** Yo volveré. ¡Vamos que si volveré!

**ENRIQUE:** ¿Y cuál fue el cambio?

**CARLOS MANUEL:** Eso solo les incumbe a quienes diseñaron la cédula.

**FLOR:** A ti y a Federico.

**CARLOS MANUEL:** Así es. Cuando os marchéis, independientemente de vuestra decisión, Federico y yo nos quedaremos solos y, por fin, daremos fin al conjuro.

**DULCE MARÍA:** Yo ya estoy bien muerta y nadie volverá a verme entre los vivos. No quiero volver atrás.

**CARLOS MANUEL:** Está bien. Si tú no lo deseas, te quedarás aquí y tu vida será tal como fue.

**FLOR:** ¿Y los demás? ¿Qué será de los que volvamos?

**CARLOS MANUEL:** Los que regresen a ese día, olvidarán todo lo que ha sucedido. Y su destino será el que tenga que ser, menos morir el día que murieron.

**FEDERICO:** ¿No os dais cuenta de que es fantástico? Ven- ga, hay que terminar el conjuro. Quiero escribir más obras de teatro. Recoger todos los frutos. Contar más historias, acercar posturas, dar conferencias. Trabajar para que los poetas no dejen de ser famosos. Mirar a los segadores lle- gando con sus cinturas apretadas como gavillas de trigo. Cantar por las esquinas. Amar. Amar a todas las cosas. Vol- ver a creer en Dios. Quiero disfrutar mis logros, mis éxitos. Es lo razonable y lo justo.

**DULCE MARÍA:** Yo, si puedo ayudar en lo que sea, adelante.

**Todos se ponen en movimiento. CARLOS MANUEL, sentado frente al piano imaginario, toca *Anda jaleo*. FLOR se quita la camisa y se queda con los pechos descubiertos, donde vemos pintado en tinta de vivos colores el nombre de Federico. FLOR canta. Después, ENRIQUE también canta. A continuación, se une DULCE MARÍA. Y también FEDERICO acaba cantando. Cuando termina el espectáculo, FEDERICO se sienta.**

**FEDERICO:** ¡Fue fantástico, hermanos Loynaz! Gracias. Gracias por este gran homenaje. Gracias por quererme tan- to. La poesía y el arte nos unieron para siempre.

**FLOR:** El arte es la única forma de salvar el mundo.

**FEDERICO:** Es lo que siempre dijimos.

**Flor y Federico se sonrían mutuamente y se abrazan.  
No hay descarga eléctrica.**

**DULCE MARÍA:** La cultura y el arte son lo que nos hizo realmente libres.

**CARLOS MANUEL:** Y ese debería ser el legado de todo escritor, de cualquier artista.

**ENRIQUE:** ¿Dejar un mundo sin diferencias?

**CARLOS MANUEL:** Un mundo próspero. Sin guerras ni conflictos.

**FEDERICO:** Cojámonos de la mano, venga. Hagamos un círculo y pidamos al cielo que no haya más guerras ni conflictos.

**ENRIQUE:** ¿Vas a hacer otro conjuro, Federico?

**FEDERICO:** Por pedir que no quede.

**Forman un círculo agarrados por las manos. Un largo silencio. Hasta que Dulce María rompe el círculo.**

**DULCE:** Bueno, venga, se acabaron los juegos. ¿Y ahora, qué? Según vuestro conjuro, ¿qué va a suceder ahora? ¿Hay que hacer algo más?

**CARLOS MANUEL:** Ahora, cuando la muerte quiera, iréis desapareciendo vosotros tres.

**ENRIQUE:** *(Con ironía).*  
¿Hay algún orden para desaparecer?

**CARLOS:** No.

**Una pausa larga.**

**DULCE MARÍA:** Pues yo ya me voy, no quiero sufrir delante de ustedes una de esas horribles descargas. Me voy como vine.

**FLOR:** Pero Dulce, no te vayas tan pronto.

**DULCE MARÍA:** ¡Pronto! ¡Pronto!

**DULCE se acerca a FLOR y la besa.**

**FLOR:** ¿Volveremos a vernos?

**DULCE MARÍA:** Siempre estaremos juntas, hermanita.

**CARLOS MANUEL:** Os veréis en la vida o de nuevo aquí, en la muerte. Eso depende de cada una. Pero os aseguro que os veréis.

**ENRIQUE:** Yo ya no sé qué pensar.

**DULCE:** ¡Hasta la próxima, Enrique! Sigue amando y explorando el universo cósmico. Las dos cosas se te dan bien.

**ENRIQUE se queda quieto. Mudo.**

**DULCE MARÍA:** Y a vosotros dos, os digo que sigáis soñando e ideando. La Tierra necesita a personas como ustedes. Soñar e imaginar. Dormir. Morir. Crear. Vivir. Amar.

**DULCE se da la vuelta y sale por la puerta por la que apareció. Camina majestuosamente. Los demás la miran.**

**FEDERICO:** ¡Dulce María!

**Ella se da la vuelta y mira a FEDERICO.**

**FEDERICO:** Haré todo lo posible para que en 1992 te den el Premio Cervantes. Nos vemos en España.

**DULCE MARÍA sonríe y se marcha. Los cuatro se quedan en silencio.**

**FEDERICO:** Y tú, Enrique, ¿adónde vas a ir?

**ENRIQUE:** No lo sé, estoy pensándolo.

**Todos se miran, pero nadie dice nada. Se oye una explosión en el jardín.**

**FLOR:** Yo lo tengo clarísimo.

## **EPÍLOGO**



Federico en la Huerta de San Vicente

**Jardín de la casa. Federico y Carlos Manuel aparecen empujando el piano imaginario. Hay menos luz que las demás veces.**

**FEDERICO:** Ya estamos solos, Carlos Manuel. Dime, explícame todo, quiero saberlo todito. ¿Qué tengo que hacer?

**CARLOS MANUEL:** ¿Te acuerdas de lo que te juré y perjuré en Santiago?

**FEDERICO:** ¡Para no olvidarlo!

**CARLOS:** Quiero que vuelvas a proponérmelo, volver a escucharlo en tus labios.

**FEDERICO:** ¿Ahora?

**CARLOS MANUEL:** Claro, cuando si no.

**FEDERICO:** ¿Lo que te dije cuando estábamos sentados en el Castillo del Morro, frente al Mar Caribe?

**CARLOS MANUEL:** Sí, Federico, sí.

**FEDERICO:** ¡Hacía un siglo que no me ponía tan nervioso!

**CARLOS MANUEL sonríe y los dos se miran un instante.**

**FEDERICO:** Bueno, pues venga, te lo digo. Ahí va:  
Nada me alegraría más en la vida que tú, mi compay cubano, compusieras la música para mi obra más moderna, *El público*.

**CARLOS MANUEL le sonrío.**

**FEDERICO:** ¿Lo hiciste?

**CARLOS MANUEL:** ¿Para qué crees que fui a Santiago?

**FEDERICO:** ¿No cambiaste el conjuro?

**CARLOS MANUEL:** Claro que no. No había nada que cambiar. Está todo perfectamente diseñado. Somos dos perfectos arquitectos.

**FEDERICO:** ¿Y entonces?

**CARLOS MANUEL:** Le pregunté a la santera qué pasaría si el pergamino se hubiera perdido. Me dijo que, en ese caso, el conjuro seguiría siendo efectivo, solo que se invertirían las posiciones. El que lo perdiera sería el último en aparecerse.

**FEDERICO sonrío aliviado.**

**CARLOS MANUEL:** Continúa con lo que me juraste. Creo que no has terminado.

**FEDERICO:** Y después te dije:  
Cubanito, la próxima vez que vuelva a Cuba, tú me enseñarás tu trabajo musical de mi obra *El público*.

**CARLOS MANUEL:** Sacaremos el piano al jardín de la casa encantada, dijiste, y me mostrarás tu inspiración musical de mi obra más moderna.

**CARLOS MANUEL va hacia el piano.**

**FEDERICO:** ¡Estoy esperándolo! Quiero llevarme esas partituras para Granada.

**CARLOS MANUEL** empieza a quitarse la ropa.

**FEDERICO:** Lo de tocar el piano desnudo no hace falta que lo hagas, ¿eh? Lo dije, pero fue un momento de euforia. No estás obligado. Claro que, si te apetece, pues adelante, lo puedes hacer.

**CARLOS MANUEL** termina de desvestirse y, desnudo, toca el piano. Federico empieza a recitar un fragmento de *El público*.

**FEDERICO:** “Cuando rondas el lecho y los objetos de la casa te sigo, pero no te sigo a los sitios adonde tú, lleno de sagacidad, pretendes llevarme. Si tú te convirtieras en pez luna, yo te abriría con un cuchillo, porque soy un hombre, porque no soy nada más que eso, un hombre, más hombre que Adán, y quiero que tú seas aún más hombre que yo. Tan hombre que no haya ruido en las ramas cuando tú pases. Pero tú no eres un hombre. Si yo no tuviera esta flauta, te escaparías a la luna, a la luna cubierta de pañolitos de encaje y gotas de sangre de mujer”.

**El escenario poco a poco se va quedando oscuro. CARLOS MANUEL va desapareciéndose muy despacio, pero seguimos escuchando la música. FEDERICO camina por la oscuridad. Pasa por un laberinto oscuro. De pronto, a un lado del escenario, aparece una intensa luz blanca. Mira la luz y escucha hablar a gente. Se queda parado.**

**FEDERICO:** (*Mira la luz. Sonríe.*)  
¡Mamá! ¡Papá!

**FEDERICO** camina hacia donde está la luz. Oscuro.  
En la gran pantalla vemos una casa de campo; debajo de la fotografía, leemos: *Huerta de San Vicente, Granada, 23 de agosto de 1936.*

**FINAL**

## REFERENCIAS

En pág. 17. Se hace referencia al monumento dedicado a Federico García Lorca, ubicado en la Plaza Santa Ana, de Madrid. La estatua es obra de Julio López Hernández, pero en realidad es de Bronce, y no de Granito como dice el autor.

Luis García de la Torre, *La familia Loynaz y Cuba*. Betania, 2017.

Zenaida Gutiérrez-Vega, *La poesía inédita de Enrique Loynaz Muñoz*.

*Dulce María Loynaz, Ensayos Literarios*. Ediciones Universidad de Salamanca, 1993.

“Entrevista a Dulce María Loynaz” (Archivo de RTVE con motivo de la concesión del Premio Cervantes en 1992).

*Dulce María Loynaz, Últimos días de una casa*. Torremozas Ediciones, 2019.

Federico García Lorca, *Poeta en Nueva York*.

Alejandro González Acosta, *La dama de América. Textos y documentos de Dulce María Loynaz*. Betania, 2016.

Dulce María Loynaz, *La novia de Lázaro*. Betania, 1991.



Dulce María y Flor Loynaz (de niñas y adultas).

# ÍNDICE

## ACTO PRIMERO

Escena 1	19
Escena 2	40

## ACTO SEGUNDO

Escena 1	59
Escena 2	80

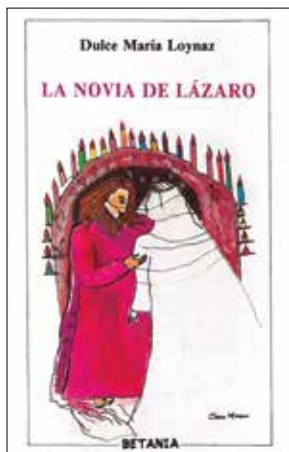
EPÍLOGO	101
---------	-----

REFERENCIAS	105
-------------	-----

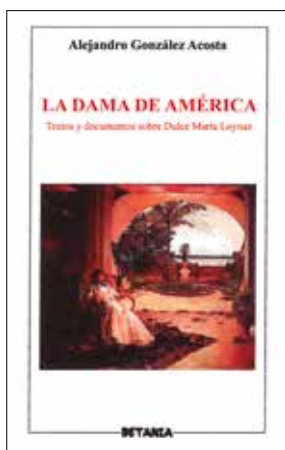


La Huerta de San Vicente en la actualidad

Este libro se terminó de imprimir  
el día 15 de agosto de 2021.



*La novia de Lázaro* (1991)



*La dama de América* (2016)



*La familia Loynaz y Cuba* (2017)

editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España.

E-Mail: [editorialbetania@gmail.com](mailto:editorialbetania@gmail.com)

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

## RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2021)

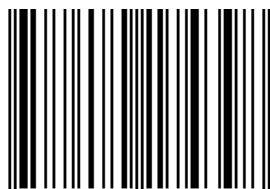
- \* *La puta del millón*, de Renaldo Ferradas
- \* *La visionaria*, de Renaldo Ferradas.
- \* *El último concierto*, de René Vázquez Díaz.
- \* *HoloCastro*, de Ileana González Monserrat.
- \* *Presencia negra: Teatro cubano de la diáspora (Antología crítica)*, de Armando González Pérez.
- \* *La casa encantada (García Lorca visita a los Loynaz en La Habana)*, de Diego París López.

Federico García Lorca fue a dar unas conferencias a Cuba y su estancia se prolongó hasta los 98 días. En La Habana tuvo un estrecho contacto con la familia Loynaz. Los hermanos Dulce María, Enrique, Flor y Carlos Manuel Loynaz eran todos poetas y educados por sus preceptores en un celoso enclaustramiento de lujo; gracias a la música, a las letras y al arte, el vínculo entre ellos y el poeta español hicieron historia.

Ahora, en *La casa encantada* (nombre que Lorca daba a la mansión de El Vedado donde vivían sus amigos) vuelven a reunirse en “el más allá”. En esa casa en ruinas, un siglo después, los espíritus de todos ellos harán conjeturas sobre ese hogar de millones de especies, incluidos los seres humanos, que es la Tierra. El paso del tiempo, la vida, la poesía, la muerte, la amistad, el amor, la incomprensión, los avances del mundo tecnológico, y un sinfín de asuntos serán los temas de, posiblemente, su último encuentro.

*Si me pierdo que me busquen en Andalucía o en Cuba.*

Federico García Lorca.



9 788480 174398 >

editorial **BETANIA**

Colección TEATRO